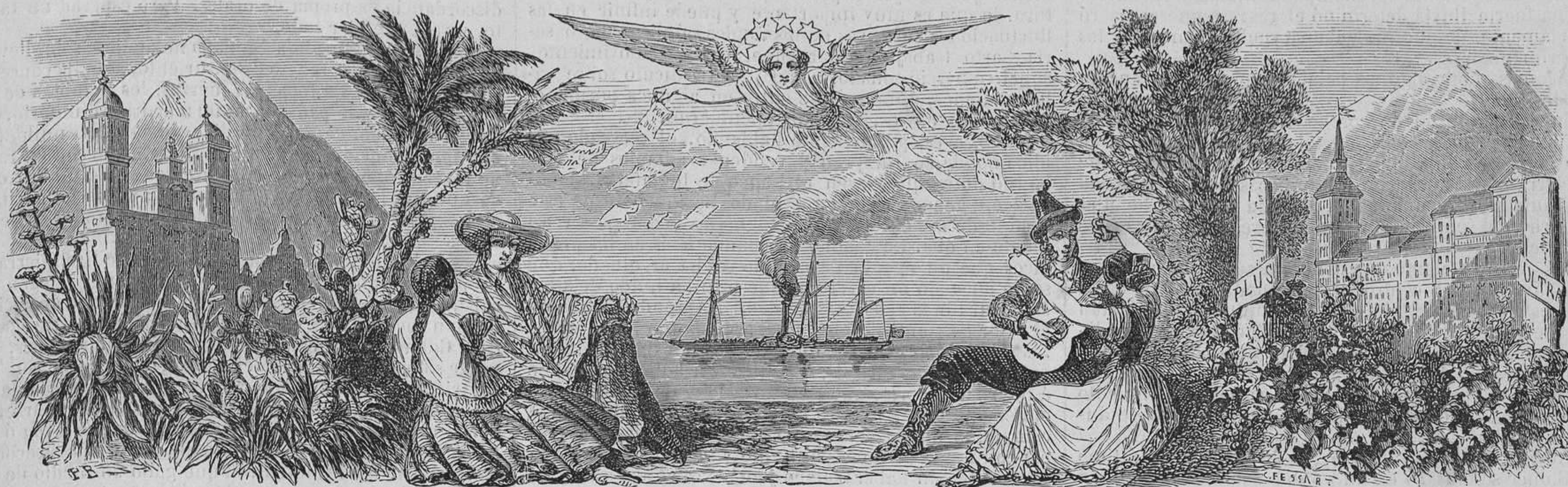


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — Tomo XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 27. — N° 820.

SUMARIO.

Experiencias del aparato de salvamento de M. Stoner; grabado. — La Bolsa y los bolsistas de Londres. — La fiesta de las Loges en Saint-Germain; grabado. — El general Mahmud Ben Aïad; grabado. — El antilope Canna; grabado. — Revista de París. — Poesía. — El tesoro de Nuestra Señora de París; grabado. — Fiesta dada por el gobernador de la Argelia á los oficiales de la escuadra del Mediterráneo; grabado. — Gran concurso musical del Havre; grabado. — El vino de Chipre; grabado. — Caída del conde-duque de Olivares. — Diez días en Tiflis; grabados. — El Paletuvio de las Antillas; grabado. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — El Yacht-Club de Francia; grabado.

Experiencias

DEL APARATO DE SALVAMENTO NACIONAL INVENTADO POR M. J. B. STONER, DE NUEVA YORK.

Hace algunos días el público de la Exposición del Havre acudía en muchedumbre al muelle donde á cuyo frente se disponía á salir para dar un paseo por el mar el vapor *Courrier*: á bordo de este buque se encontraban, en clase de convidados, las autoridades de la ciudad y un gran número de notabilidades científicas y literarias.

A las dos el *Courrier* se ponía en marcha, y á poco rato estaba en plena rada, á 9 millas de tierra. Entonces en menos de tres minutos M. Stoner y su compañero se pusieron un traje de salvamento, y se lanzaron en medio de las olas con una caja de provisiones.

Muy luego les perdieron de vista. La multitud estaba conmovida y tenía los ojos fijos en un punto negro que accidentalmente aparecía sobre las olas; esperaba con ansia á que el buque se acercase á los nadadores.

Después les vieron comiendo sobre las olas, y sacando sus provisiones de la boya coronada con una bandera que les servía de despensa.



EL HAVRE. — Experiencias hechas en la rada con los aparatos de salvamento de M. Stoner.

Una hora de este ejercicio pudo dar idea de la eficacia del traje de salvamento que experimentaba M. Stoner. Concluida la comida, aquellos señores sacaron de la caja inagotable tabaco y papel, é hicieron cigarillos que se fumaron tranquilamente, en tanto que los mozos de café embarcados especialmente á bordo del *Courrier*, recorrían las filas de los espectadores con paso mal seguro para ofrecer pastelillos á las señoras; las frecuentes detonaciones del champaña animaban el cuadro.

Una fuerte lluvia determinó el regreso que se operó rápidamente, despues de haberse vuelto á embarcar los experimentadores.

Digamos ahora algunas palabras sobre la invencion de M. Stoner.

Un gran cinturón de corcho dispuesto de un modo flexible, y por encima un vestido de una sola pieza de tela barnizada de cautchú, componen todo el traje, que se cierra por sí mismo en las muñecas por la elasticidad del cautchú, y mediante una capucha y algunas hebillas en torno del semblante, dejando libres los movimientos del cuello.

Dos pesas de plomo que penden atadas á los piés, sirven para fijar el centro de gravedad, bastante abajo para establecer la estabilidad del equilibrio. Se adaptan dos aletas de lienzo para ayudar la locomoción y la dirección. Al lado del nadador flota una boya llena de provisiones, de donde puede aspirar el agua dulce mediante un pequeño tubo de cautchú: un compartimiento superior puede contener alimento para un hombre durante muchos días.

Provisto de este aparato, el 30 de agosto último M. Stoner se lanzaba de nuevo del *Courrier* estando en plena rada, acompañado de M. E. Craddock y de M. Eduardo Dezandt: también la señora de Craddock se habia puesto el aparato y siguió á los demás cuando se precipitaron al agua.

El espectáculo era esta vez muy diferente de lo que habia sido el primer día: el *Courrier* habia salido á las ocho y media de la noche, y cuando comenzó la experiencia, una fuerte brisa levantaba las olas á una altura imponente; la luna, que á veces cubria un denso velo de nubes, otras alumbraba tan singular escena.

Los corazones se oprimían en presencia de aquella naturaleza, que parecia vestirse de luto por el intrépido inventor y sus compañeros; se habian perdido de vista completamente, y se ignoraba la suerte de estos obreros del progreso, que intentaban una vez mas burlar su furor trabajando por arrancarle innumerables víctimas.

Muy luego los cuatro nadadores arrojaron cohetes luminosos que revelaron su presencia sobre las olas. Estas señales se destinan á llamar la atención de los buques hácia los naufragos que esperan socorro. También encendieron luces de Bengala que produjeron efectos encantadores.

Vista una experiencia tan concluyente, se puede proclamar que M. Stoner ha hecho un importante servicio á la navegacion y á la humanidad, disminuyendo en una proporcion considerable las probabilidades de pérdida.

Finalmente, despues de haber operado de una manera completa el simulacro de un salvamento, los experimentadores fueron recogidos á bordo á los frenéticos aplausos de la asistencia, y entonces se pudo ver que sus vestidos estaban enteramente secos.

Nuevos hurras acogieron al inventor en el muelle, donde algunas de las numerosas músicas que habian acudido al concurso del Havre les recibieron á los sonidos de una melodía heróica, cubierta á menudo por los aplausos mas merecidos que pueden haberse oido nunca.

B.

La Bolsa y los bolsistas de Londres.

La Bolsa de Londres es un mundo de donde salen la mayor parte de las quiebras; esta es la palestra que llena las cárceles, que aumenta la lista de los suicidios, que guía la mano del criminal, que dicta largas bajezas á muchos miembros del Parlamento, y que influye en las resoluciones de tal ó cual ministro. Foco milagroso de avaricia y engaño, donde no hay oro, y que arregla el valor del oro por toda la Europa; sala desaseada y congojosa, donde tiene la fortuna su templo, su taller, su fragua ardiente y confusa; volcan cuyo hervidero embarga todas las ambiciones y deseos que van á parar, ya en la desesperacion ó en la muerte, ya en la riqueza y en todas las delicias que la acompañan.

Fuerza es entrar en este lugar extraño el día siguiente de haberse divulgado en el público la noticia de una guerra próxima, de un cambio de ministerio, de un gran movimiento político. Vereis allí, antes de las diez, cuadrillas vagarosas y arremolinadas, gente que conversa en voz baja, que lee los periódicos, que calcula. Pocos minutos antes de las diez, el conserje sube sobre un estrado, y con el ojo clavado en el reloj, espera con impaciencia el trance. Apenas el minuterero se ha fijado sobre el número doce, una matraca que el conserje está blandiendo desaforadamente, da la señal de la refriega: ese siniestro sonido cambia la escena.

El ruido chillón del instrumento de mal agüero, rechazado por los ecos de las salas vecinas, se dilata y espira. Todos los coros se deshacen; todos los individuos aislados en la sala corren hácia un punto central, especie de remolino donde no se oyen mas que alari-

dos, estruendo, palabras alteradas y un torbellino de codos que se empujan, de brazos que se rechazan, de cabezas que se bambolean. Salen de aquella mole diversa y tormentosa alaridos que atolondran.

— ¡Yo compro! — ¡Yo vendo!

Estas palabras, mil veces repetidas, van acompañadas de breves argumentos, de noticias forjadas, de pregones fementidos, de patrañas y de suposiciones. Trátase nada menos que de fijar el primer precio, el precio de abertura, lo que es muy importante y puede influir en las fluctuaciones sucesivas de los fondos públicos. Pero sería harto trabajoso calar aquel extraño movimiento, aquel comercio soñado, aquel juego ridículo sobre valores buenos, á menos que entre en algunos pormenores no muy obvios, sino muy encubiertos.

La bolsa es, propiamente hablando, el mercado público donde se compran y venden los fondos del gobierno antes que pasen al banco de Inglaterra. Conócese en general, y de un modo hartó confuso, este destino de la bolsa, y muchos ignoran lo que pasa realmente en ella. De cuando en cuando leéis en los periódicos que un agente de cambio se ha arruinado, que se ha ahogado un corredor, que otro ha huido dejando cien mil libras esterlinas de deuda. Aprendeis también el valor corriente de los fondos; sabeis que las esperanzas ó las zozobras del agiotaje embargan una población entera, y os horrorizais, sin alcanzar aquel misterioso é infernal poderío, que remueve, lejos de vuestros ojos, tantos millones y billetes de banco. Del mismo modo el campesino que poda su viña al pié del Etna, contempla con muda extrañeza el humo y la llama que vomita el gigante, sin haber calado jamás las verdaderas causas que acarrearán aquel fenómeno.

Es verdad que los cientos de millones de esterlinas que componen la deuda inglesa atraen las miradas del público sobre el depósito donde una ficción administrativa y política coloca estos tesoros imaginarios. Pero los dividendos se pagan puntualmente. ¿Qué importa lo demás? Nadie atiende á lo que pasa.

Hay también pocos que sepan cuáles son las verdaderas especulaciones hechas por los mil ó mil doscientos agiotistas que se agolpan todos los días en el *Stock-Exchange*, y cuyos coros revueltos, cuyos pasos atropellados llenan las avenidas y los corredores del *Capharnaum*.

No se trata por ellos de vender ó comprar verdaderos fondos, sino de hacer alzar ó bajar el valor de los mismos, y hacer que redunden en su provecho esta alza ó baja. La supuesta especulacion no es por fin mas que una apuesta perpétua.

Unos apuestan que los fondos alzarán, los otros que bajarán, y el valor de la puesta aumenta segun las circunstancias. Los que apuestan por la alza se llaman los *toros* (1); los que por la baja *osos* (2). Si os queréis engolfar en este juego de suerte, no teneis mas que encargarse que juegue por vos uno de los corredores de la bolsa, á quien pagais la comision.

Hé aquí á lo que se reducen las transacciones de la bolsa. En vez de apostar tal caballo contra tal otro, se apuesta que los fondos serán mas ó menos pedidos, es decir, que el gobierno verá menguar ó crecer su crédito. Nadie ignora que los acontecimientos públicos influyen sobre la escasez ó abundancia de los fondos; que cuanto mayor es la seguridad, mas recursos tiene el Estado para pagar sus deudas, que se agolpan en la caja. Se establece pues una ralea de hombres, un conjunto de individuos que, habiendo apostado contra el Estado, necesitan que se desplome.

Admirad ese resultado; admirad sobre todo el nacimiento de semejante anomalía, en Inglaterra, en el mismo país que se engríe con su nacionalidad y con su espíritu público. ¡Ay! en un país tan orgulloso por sus instituciones, el amor de la patria dimana del amor al dinero; la ganancia es la pasión universal, terrible, desbancadora; todas las facultades humanas se vinculan en este único objeto, y toda la energía de que nos ha dotado la naturaleza, no tiene otra propension y ejercicio que este.

Van á dar las doce y á fijarse el primer precio. El exterminio y la fortuna, la desdicha y la opulencia se bambolean sobre todas aquellas cabezas alborotadas. El hombre que veis allí, riendo, voceando con insolencia, acaba de perder diez mil libras esterlinas en el espacio de la hora que acaba de espirar: es á un tiempo mismo actor y paciente de chocarrerías y escarnios sin término; tal vez en aquellas diez mil libras se cifra todo el haber del tal desdichado, á quien los sesenta minutos anteriores han echado á pique.

Ese otro, mas endeble ó menos descarado, permanece con la vista clavada y turbia, con los brazos caidos y boquiabierto, ante su propia desventura. Este estado dura toda la mañana; apenas tal cual tregua alivia tan increíble afañ, el estruendo atolondra, el calor sofoca, y los cuerpos mutuamente apretados se comunican su ardiente calentura; pocas personas hay dotadas de bastante robustez física y moral para sobrellevar largo rato aquel tormento.

Vereis salir rostros macilentos, trémulos, inundados de sudor del remolino furioso, y retirarse á los alféizares de las ventanas; les falta el aliento y la voz; pero bien pronto el atractivo del juego les arrastra al medio del torbellino que han dejado un momento. Los terribles aullidos de los *toros* ó los *osos*, sucesivamente vencedores ó vencidos, acreditan el movimiento seguido por las suertes favorables ó contrarias á nuestros desherrados de algunos segundos, que corren á incorpo-

(1) *Bulls*.(2) *Bears*.

rarse con los combatientes, y á entrometerse en el remolino.

Hay en esta escena, en esta pelea de la codicia con la suerte, un ahinco diabólico, un afañ por el oro y un furor que desconsuelan. Suelen las contiendas particulares aumentar el fatigoso interés de aquella tragedia sin nombre; suele el frenesí de la pérdida y el embeleso del triunfo desencajar del corro que acabamos de dibujar, acentos de saña y embriaguez, cuya montaraz discordancia es propia de orates. Pero esperad un tanto, y va á cambiar todo.

Como si la naturaleza humana no pudiese sobrellevar largo rato aquel arrebató calenturiento, aquella concentración violenta de todas las fuerzas, los hombres de la bolsa, despues de padecer aquel martirio voluntario, de haber apostado, ganado, perdido, jugado con millones, con la opulencia y la miseria, se desahogan con un rato de recreo. Apodérase de ellos un frenesí de júbilo; cada uno tira el sombrero de su vecino; aparecen encima de todas las cabezas todos los faldones de todas las casacas.

Las bolas de papel vuelan á lo lejos; se tiran tierra á los ojos, pelean, se empujan, se golpean y juegan al caballo derretido. Jamás estudiantes, saliendo de la clase, han movido mas camorras y hecho mas extravagancias. Cuando están cansados de dar y recibir golpes, de saltar sobre las espaldas del vecino, y de valsar con su contrincante, se ponen á cantar: mil voces discordantes, acostumbradas á ¡*Viva el rey!* procuran afinarse, y hacen resonar las bóvedas con el *God save the King* ó el *Blach Joke* (1). Nadie se desentiende ó se olvida de acompañar á este coro infernal. El que ganó en medio de la alegría del triunfo, entona denodadamente la canción que sus camaradas han escogido. El que pierde temerariamente desahuciado, si dejase traslucir su desesperacion, si los demás pudiesen dudar de que su ruina está consumada, y leer su suerte en sus facciones.

Este rapto de melomanía es á veces, para los abonados de la bolsa, una especie de castigo. Si uno de ellos ha traspasado los usos recibidos, si por algun negocio ó proceder que disgusta á sus compañeros, se ha acarreado su enojo, hé aquí cómo castigan al culpable. Apenas entra, le rodean, le empujan; una bandada de cantores cuyos robustos pulmones estremecen las bóvedas, rodean á su víctima, y le obligan á cantar el *God save the King*, ó el himno elegido aquel día por sus verdugos.

El reo permanece en esta ridícula posición hasta que les da la gana á los coristas de dejarlo libre. Si la falta ha sido grave, se repite la canción; si están en extremo enconados con el paciente, esta broma musical se dilata sin término. Un agente de la bolsa habia comprometido con algunos actos fementidos la reputacion de sus cofrades; así cada vez que entraba en el *Stock-Exchange*, se veia rodeado de músicos y obligado á cantar. Como era hombre brioso y de una salud tan robusta como su temple era firme, se sujetó sin trabajo á esta ceremonia. Desde que ponía el pié en la sala, empezaba por sí mismo la tarea que le habian impuesto. Esta bravata irritó á sus compañeros.

Esperaba triunfar de ellos, y lograr con su entereza el derecho de dedicarse sosegadamente á sus negocios; pero estos areopajitas cantantes se empeñaron en atormentarle; su salud y su pecho se debilitaron; pidió perdón, y se le negó; y por grande que fuese su lealtad de súbdito para con el monarca reinante, se sintió incapaz de continuar cantando sus alabanzas: el *God save the King* desterró de la bolsa á uno de sus mas constantes abonados, y no volvió á presentarse mas en ella.

Pasado este rapto de regocijo, si puede llamarse así, se reempeza todo en aquella agitacion mohina y desahogada que hemos descrito al principio. Suele suceder que una cerrazon de aquellas amarillentas y rojizas que cuajan y casi imposibilitan las calles de la ciudad, extiende su velo de crespon hasta el interior del *Stock-Exchange*. Entonces la confusion de aquel remolino es horrorosa; y aun iba á decir *diabólica*. Se encienden las lámparas en medio del día. Aquella luz macilenta y apocada hace resaltar todavía la lobreguez que reina en el exterior.

Hay que estar mirando á nuestros jugadores á la luz de las lámparas: entonces la contraposicion de la luz y la sombra horroriza hasta lo sumo, y se ven salir de en medio de las tinieblas aquellos rostros inmutados, aquellas cejas fruncidas, aquellas frentes arrugadas, aquellos ojos esquivos que brillan en la sombra: espectáculo terrible por cierto.

Tales son las ocupaciones, tales son las costumbres de aquellos hombres.

El jugador á la alza ó á la baja, el *oso* ó el *toro*, está por lo regular pálido; sus facciones descarnadas traen el sello de la zozobra que los traspasa. ¿A qué naturaleza, por mas robustez que tenga, no debilitará una existencia semejante? Vivir siempre entre la fortuna y la miseria, ó temer y esperar siempre, ¿es esto vivir? Nuestro héroe no se parece ni al mercader, ni al banquero, ni al negociante, ni al hombre fino. Vese en él una mezcla de necedad y de traza soez que lo caracteriza, y hay en sus modales atolondramiento y valentónada. Salpica su conversacion corriente de los términos que resuenan de continuo en el *Stock-Exchange*; tiene su dialecto, que no es ni tosco, ni elegante, ni agudo; habla mucho y alto; lleva cadenas de oro y hermosos vestidos que trae como al desden. Se asemeja á los jugadores de profesion y á los apostadores de New-Market, y hay en su talento algo de la pesadez y del pedantismo

(1) Mala canción popular.

del mercader de la Ciudad, unido á la indolencia empalagosa del embrollon y del trampista. No le hableis de literatura, de poesía, de arte, de industria, ni aun de comercio; no le preguntéis cómo van los negocios públicos. Para él, los negocios públicos van bien, cuando la oleada de los fondos le ofrece suertes favorables. Es el salteador de las costas de Cornualles; la tempestad constituye su fortuna, como la bonanza su ruina. Necesita de huracanes que arrojen aparejos y cadáveres á la costa, y que le permitan andar por la playa para recoger los restos que Dios y el mar le envían.

Cábenle también al jugador de la bolsa sus ratos de júbilo, como lo dije mas arriba: alegría dañina, pero á menudo necia, ardiente, y que parece aborto de una accion calenturienta. El *hoax* (1), el *humbug* (2) y todas las especies de chanzonetas con que se divierte el vulgo en Inglaterra, florecen en aquel suelo privilegiado, donde se agigantan y menguan y se modifican de mil maneras. Entre estas diversiones locales, las hay muy peregrinas. Yo he visto á un anciano judío, llamado Nathan S***, perseguido, durante dos ó tres meses, por la muchedumbre de sus cofrades: el pobre hebreo no era reo de otro crimen sino de traer una peluca encrespada, una casaca cuadrada, una coleta empolvada y un chaleco que le llegaba á las rodillas. El uno le tiraba del faldon de su casaca, el otro del extremo de su chaleco, aquel se colgaba á la cola de su peluca. Un día que habian abusado extraordinariamente de aquel privilegio de persecucion, uno de los correligionarios de Nathan, cediendo á un impulso repentino, y trasformando el sustantivo en verbo:

— ¡Nathan, Nathan! exclamó, *empelúcalos, empelúcalos* (3).

Al instante el israelita, desatando su peluca y blandiéndola briosamente, arrojó sobre los blasfemos torrentes de polvo grasiento, dejando impresas sus señales sobre los vestidos nuevos de aquellos señores. Desde entonces le respetaron siempre, y cuando queria huir de sus asaltadores, no tenia mas que hacer que amagarse con su peluca para abrirse camino, arrollando batallones enemigos.

Como á individuos, la mayor parte de aquellos corredores y agentes tienen honradez, pundonor y aun afecto; sin embargo, el juego á que se entregan es inmoral, funesto al Estado, fatal en sus resultados; es el juego con todos sus escollos, consagrado por la sancion de las leyes y el uso, el juego sin finura ni habilidad, y al arribo tan solo del acaso, la suerte y la avilantez en el embuste.

Frecuentan el *Stock-Exchange* crecido número de israelitas. Algunos de ellos, y especialmente el Goliath, cuya mano hacia girar tan velozmente su temible peluca, se distinguen por su desaliño. Por lo regular, los mas ricos son los peor vestidos, y se ven algunos cuyos haleres ascienden á mas de doscientas cincuenta mil libras esterlinas, y que pasean marcialmente los andrajos que les cubren por debajo las galerías de la bolsa. Por otra parte, los judíos forman una especie de conspiracion permanente contra los egipcios que los albergan: aquel impulso nacional, de que jamás se desprenden, les redundan en suma ventaja, y gracias á esta especie de mutua seguridad, achican poco los riesgos que corren.

Sustituyamos imágenes ó conceptos á estas palabras consagradas y simbólicas que nada significan: *bolsa, alza y baja*, en vez de *Stock-Exchange*, figurémonos meramente una mesa de juego ocupada por un millar de individuos. Estos son los que establecen el precio corriente, recogido por los periódicos, precio que crece ó mengua como el valor de los fondos públicos. A este juego se asocian cerca de otras cinco mil personas que apuestan, unas por una parte, otras por otra. En cuanto á los efectos remotos de estas fluctuaciones, parece imposible calcularlos puntualmente.

El menosprecio de la renta, causado por los jugadores y apostadores que acabamos de bosquejar, abarca, no solo los fondos, sino las propiedades, la industria, el comercio en sus mas lejanos entronques. De aquel centro salen un sinnúmero de vibraciones que se perciben hasta en los extremos del círculo, hasta en las regiones mas remotas, hasta en las Indias, y aun en el Africa.

Apartemos los ojos de dicha mesa de juego imaginario, donde valores soñados son el objeto de una lucha encarnizada. Acabóse esta lucha, y ha mediado una alza ó una baja considerable. Dos ó trescientos especuladores se desvían del campo de batalla, despues de haber perdido la jornada: sigámosles.

¡Qué tristeza, qué desconsuelo! Los demás hombres encuentran distracciones en el estudio, en la disipacion; se patentizan para ellos nuevas carreras; pueden reanimarlos otras esperanzas; cada uno tiene sus inclinaciones, sus gustos, sus antojos; pero el hombre de la bolsa no tiene mas que una esperanza, una distraccion, un quehacer, una diversion; no comprende nada, ni atiende á nada en el mundo, sino á lo que acaba de perder, al dinero. De él dimana toda su consideracion, toda su fuerza; y cuando lo pierde, pierde mas que dinero, pierde su vida. La escasez, tan cruel para los demás hombres, lo es mucho mas para él. Su familia le espera, ajena de aquellos misterios, en medio de los cuales encuentra el cebo de su actividad; y héla aquí reducida

al desamparo por los acontecimientos de la jornada. Dejo al lector el trabajo de redondear el cuadro; mi ánimo no es ni siquiera delinear aquella novela de la vida real.

Todo el mundo sabe cuántos cadáveres, cuántos crímenes inesperados corresponden á esta calamidad, que el alma de mayor entereza puede sobrellevar apenas. Que mis lectores se dignen reflexionar un momento sobre el efecto que debe acarrear aquel tránsito repentino é intolerable de la riqueza á la desdicha; que se pregunten á sí mismos cuál debe ser el resultado de esta comprobacion solemne, otorgada por la sociedad á la pasion del juego.

El otro jugador entra en su casa, diez mil libras esterlinas mas rico de lo que lo era aquella misma mañana; tal vez, al dia siguiente, una suerte contraria le reducirá á andar por puertas, y dos dias despues un nuevo movimiento de la rueda puede alzarlo á la cumbre de donde se habia despeñado; fluctuaciones, en verdad, poco favorables al fomento de la industria y de la honradez.

No os admireis pues de ver salir del lodo en pocas horas fortunas agigantadas; uno tiene palacios, encuentra antepasados apenas conocidos, se ensancha, se engrandece, centellea, deslumbra: la bolsa ha hecho todo eso. Pero para lograr una de aquellas opulencias cuyo repentón repugna, cuya mole descomunal nos embarga, se requieren hasta veinte quiebras; son los despojos de veinte desventurados que sirven de alimento á uno solo. En definitiva, los dos tercios de jugadores á la alza ó á la baja se retiran mas pobres que cuando vinieron; y este cálculo aproximativo no tiene nada de abultado; muy al contrario, puede tenerse por muy moderado y muy inferior á la realidad. ¡Mezquina compensacion para este azote del juego, santificado, por decirlo así, ó al menos, alentado por semejante institucion!

Desde la misma bolsa se derrama por la Ciudad, por todo el vecindario, por la nacion entera, el afán de la ganancia logrado por el acaso, y no por medio del trabajo. Causa cuantas sensaciones aciagas caben en la naturaleza humana: aquel prestigio de la fortuna, aquel embeleso de lo inesperado, aquella necesidad de impulsos violentos, que no tiene limites ni reposo, que derroca los imperios, que destruye las familias, y hace comprar con el vicio y el crimen la felicidad de una sensacion nueva.

La compra y la venta reales de los fondos son, respecto á las especulaciones cuyo objeto es aquella operacion, lo que *uno es á ciento*. Lo que se llama *especular* sobre la bolsa, es meramente *jugar*. Es verdad que esta última palabra está inexorablemente borrada del diccionario que está en uso en *Stack-Exchange*, y quedaria malparado el que osase pronunciarla. Tanto valdria hablar de agua en casa del tabernero, ó de torpes costumbres en casa de una ramera.

Vamos á ver de ir clasificando, á la manera de Linneo, las diferentes especies de hombres que menudean por la bolsa. Púdense dividir en tres grandes clases: los *brokers*, ó agentes de cambio; los *jobbers*, ó corredores, y los especuladores que juegan por su cuenta; pero mas bien son esto tres ocupaciones distintas que tres clases diferentes.

Los *brokers* se encargan de comprar y de vender, reservándose un octavo por ciento de comision; los *jobbers*, cuyo nombre suena tan desagradablemente al oído (1), valen mucho mas que su nombre, pues son por lo regular hombres que merecen concepto, y son muy respetables. Interventores precisos, solo sacan un rédito razonable de las negociaciones.

A pesar de la opinion poco favorable que acompaña su profesion, no es á ellos á quienes deben achacarse los males y los peligros de la bolsa. Se quejan injustamente de su codicia; pero este cargo nace de que el público no comprende, ó comprende equivocadamente, el mecanismo de aquellas operaciones.

Corre siempre, excepto en ciertos casos, harto raros, un precio sabido ú de mercado, que se subdivide en dos precios, cuya proporcion relativa es siempre equivalente; un precio de compra y un precio de venta: el precio de compra mas bajo es $91 \frac{3}{8}$, el de venta mas alto $91 \frac{1}{2}$. El público no cala bien la razon de tal diferencia, que es sin embargo fácil de explicar. Supongamos que un *broker* tenga comision de comprar por cierta suma de rentas, suma que suele ser de quebrados; por ejemplo, por 735 libras esterlinas, 10 chelines, 5 peniques del tres por ciento consolidados. Le seria imposible, ó al menos en extremo difícil, redondear este ajuste, si esperase que viniese otro *broker* que quisiese vender una suma enteramente igual á la que desea comprar: el *jobber* allana este tropiezo. Da dos precios, el uno de venta y el otro de compra: el uno difiere del otro un octavo, verbigracia, $91 \frac{3}{8}$ y $91 \frac{1}{2}$, y ofrece vender ó comprar á este doble precio la suma que se le presente ó le pidan. Este octavo por ciento es el precio de su comision; precio que no tiene seguramente nada de recargado. Lo que acaba de comprar á $91 \frac{3}{8}$ lo vuelve á vender á $91 \frac{1}{2}$; tal es su beneficio; beneficio que compra, no solo por el trabajo que tiene, sino por los peligros que corre.

En seguida vienen los especuladores, quienes se afanan por su cuenta. Procurando sacar provecho de los altos y bajos del mercado, venden y compran, sin comision, á sus riesgos y peligros; sus ganancias y pérdidas son considerables: estos son los verdaderos jugadores.

(1) Llámase *job* una ocupacion desagradable ó de poca entidad.

Reunir las tres funciones del *jobber*, del *broker* y del especulador; del corredor, del agente de cambios y del mero jugador, es atropellar las reglas del *Stock-Exchange*; pues son tres operaciones separadas y diversas. Sin embargo, hay frecuentes ejemplos de la irregularidad que acabamos de apuntar. Algunas personas, á quienes se mira con sobrecejo, están á un tiempo encargadas de comisiones para otros, y empeñadas personalmente en el juego de los fondos.

No hablaré de otros abonados, especies extrañas é indefinibles, que Linneo hubiera tenido trabajo en clasificar y describir: apuntadores ó medio jugadores, arriesgándose algunas veces, pero atraídos particularmente á este sitio por el recreo que les ofrece un espectáculo lleno para ellos de lances.

Tengo notados, sobre todo, ciertos *jobbers* jubilados, quienes, retirados de los negocios, vienen á visitar todavía el teatro de sus antiguas hazañas. Arruinados ó enriquecidos por las especulaciones de la bolsa, no pueden abstenerse de buscar en la sala del *Stock-Exchange* un recuerdo de los impulsos de su mocedad: marineros decrépitos que se pasean por las arenas de la playa y las peñas de la orilla, y contemplan con vista perspicaz y atinada las naves de sus jóvenes sucesores que se engolfan en alta mar.

Reconocen la costa contra la cual se han estrellado, y el soplo de los vientos tempestuosos los traslada á sus primeros años. Si se quiere proporcionar á poca costa á estos inválidos del agiotaje un placer delicioso, sensacdadles; preguntadles cuáles son los peligros actuales de la pérdida ó de la ganancia. Su vanidad lisonjeada os dará saludables consejos. Si os encarais con alguno cuyo patrimonio haya menguado con el juego sobre los fondos, podéis estar bien cierto de lograr de ellos las reseñas mas provechosas: recurrid á su experiencia que tan cara les cuesta.

Pero procuremos calar los arcanos de la especulacion sobre la bolsa. En el lenguaje del pais, los especuladores hacen la *contrata á dia*; esto es, compran ó venden para un dia fijo. La junta fija este plazo á seis ó siete semanas de respiro, segun las circunstancias.

¿Veis á M. Edwards salir de su casa por la mañana con un tiempo nebuloso y melancólico? Todo su haber se reduce á un millar de libras esterlinas, de las cuales es depositario su banquero; á este precio es miembro de la asociacion que estoy bosquejando. La niebla, como decia, se ha apoderado de la ciudad: M. Edwards atraviesa aquellas calles lóbregas, por medio de las cuales apenas se atina con el camino: al levantarse, ha leído noticias que le han desconsolado; se anuncia la propagacion del cólera, la renovacion definitiva de la reforma, una revolucion general y todas las desgracias que deben seguirla.

Nuestro héroe está melancólico; entra por los salones de la bolsa, con el alma embargada en conceptos horrorosos; y en su cerebro perspicaz reina la persuasion mas íntima de que los fondos van á bajar bien pronto. Se apresura á vender, á 92 por ejemplo, veinte mil libras esterlinas al 3 por 100 consolidados: no es decir que las posea, sino que las vende y se empeña á entregarlas el dia de la liquidacion, que supongo será el 24 de noviembre. Comprar lo que no se tiene medios de pagar, y vender lo que no se espera poseer es la clave de la bóveda, el secreto de las especulaciones de la bolsa.

Si nuestro M. Edwards, que, en un raptó de enfado, ha vendido á 92 lo que no poseia, compra, antes del 24 de noviembre, una suma semejante á menos precio, ganará; si al contrario, no puede proporcionarse los mismos fondos sino á un precio mas alto, perderá. Esta pérdida ó esta ganancia se llaman *diferencias*, y por estas *diferencias* se afanan los especuladores de la bolsa. El personaje que hemos citado ganará la suma de doscientas libras esterlinas sobre su venta de veinte mil libras, si los fondos bajan de uno por ciento, y perderá esta misma suma, si alzan en uno por ciento.

La explicacion que acabamos de dar es de suyo despejada; sin embargo, como el público en general está muy poco al corriente de las costumbres de la bolsa y de sus contratos, lo evidenciaremos mas y mas, tomando el susodicho ejemplo por la inversa.

M. Enrique no es mas rico que M. Edwards: toda su opulencia se cifra en un tesoro de sanidad, de esperanza y de confianza en el porvenir. Ha dormido bien, su té estaba bien hecho, sus panecitos eran frescos, y su chuleta de carnero bien cocida: no teme ni el cólera, ni las revoluciones; es feliz: los fondos no bajarán, al menos él así lo opina.

En vez pues de vender fondos, los compra por veinte mil libras esterlinas, y se obliga á tomar el 24 de noviembre por esta suma fondos á 92. Como no tiene dinero para pagarlos, fuerza le es el revenderlos mas caros: si el rumbo de la bolsa sube de uno ciento, esta venta le proporciona una ganancia de doscientas libras esterlinas.

Su posicion de comprador le pone en la gerarquía de los *toros* (bulls), como á M. Edwards la de vendedor en la de los *osos* (bears). Por consiguiente, un jugador de bolsa no hace mas que calcular bien ó mal las mutaciones de un porvenir de seis semanas, y apostar á favor ó en contra de la situacion de la plaza.

Este contrato, sencillísimo en sí mismo, se revuelve además de mil maneras. Pretender dar en pocas palabras un concepto cabal de todas las especulaciones que sobreviven en *Stock-Exchange*, seria querer puntualizar todas las evoluciones de un campo de batalla, expresar todos los ardidés de la táctica, todos los lances de la

(1) Especie de mentira ó de burla.

(2) Palabra imposible de traducir. Los norte-americanos, para expresar el disgusto que les causa el caos de ciertos negocios de nuestros dias, acostumbran decir que son un verdadero *humbug*.

(3) *Whig them*.

refriega, refiriendo la vida y las hazañas de un soldado raso. Que el lector se digne seguirnos por el laberinto de una liquidación, y procuraremos servirle de guía.

El día de la venta á plazo es, como dijimos, el 24 de noviembre. Trasládemonos á la sala de la bolsa. En una parte se encuentran formados en batalla los que piensan que el valor de los fondos consolidados subirá, y que han comprado con la esperanza de ganar en esta alza que preven. No hablo aquí sino de los fondos consolidados, por ser casi los únicos sobre que se especula. Nuestros compradores que creen en la alza, ó que (para valerme de la jerigonza del *Stock-Exchange*) *van á la alza*, han comprado por una veintena de millones mas de lo que podrán pagar. En la otra parte están agrupados los que *van á la baja*, esto es, los que han vendido en la persuasión de que la tasa de los consolidados bajará. Hay por entrambas partes ficción moral, venta y compra de un inmenso capital aéreo.

El precio de los fondos va y viene por lo mas, segun varios influjos. En tanto que el día del mercado á plazo ó de la entrega está todavía lejano, esos influjos son los acontecimientos públicos, la paz y la guerra, la conducta de los ministros, y á veces el antojo ó los proyectos de algunos ricos banqueros; pero al acercarse el gran día en que debe darse la batalla general, las causas exteriores que revuelven las oleadas de la bolsa, pierden poco á poco su influjo. El círculo se estrecha y achica; los osos y los toros van á encontrarse y la suerte del trance depende de su fuerza y de sus recursos personales.

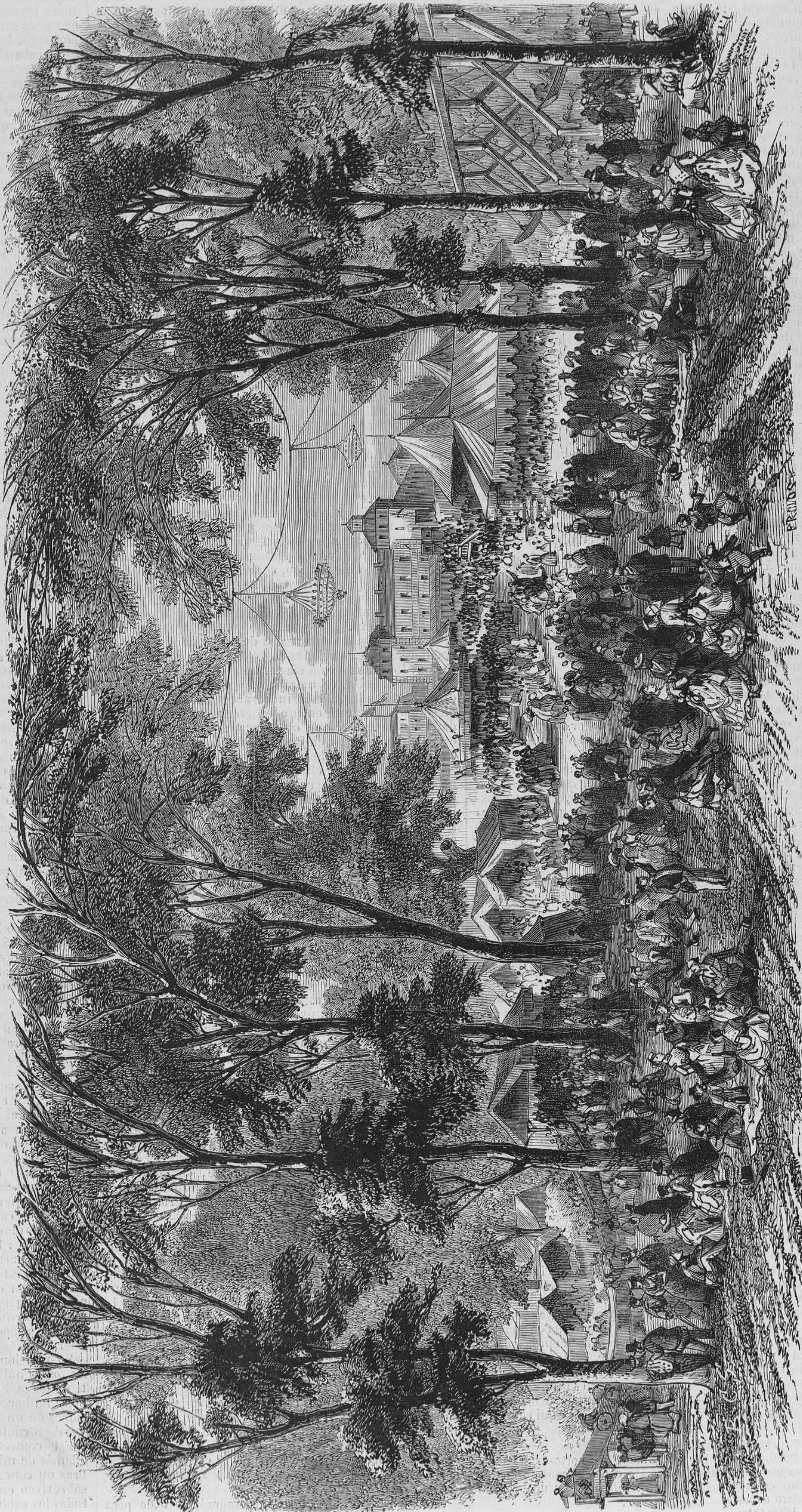
Al 23 de noviembre por la mañana, osos y toros están encarados unos con otros. Mañana los toros deberán pagar millones que no tienen: mañana será forzoso que los osos entreguen los millones que no están en sus cajas. La gran cuestion se cifra en saber si en esta extraña especie de comercio los compradores han mentido mas que los vendedores: si la suma total de fondos poseidos por uno y otro lado es mas considerable de la parte de la venta ó de la parte de la compra: de ahí depende la alza ó la baja.

El trance se acerca, y bien pronto quedará resuelta la cuestion. Todo está denotando el interés que se da á este punto fatal. Son dos ejércitos enemigos en la víspera de una gran batalla, á quienes separa tan solo una rambla y una noche que vuela. Todas las fuerzas se agolpan y se concentran, y siguen con atencion todos los movimientos de sus adversarios, y adivinan las maniobras del día siguiente.

La táctica de los de la alza ó compradores consiste en persuadir á los de la baja ó vendedores que necesitan mas fondos de los que pueden proporcionarles ellos (los vendedores); del mismo modo que la táctica de los de la baja ó vendedores es hacer creer á sus contrincantes que pueden entregar mas fondos que los que estos últimos pueden aceptar.

Si el de la baja retrocede delante de las demandas que le hacen, el oso queda vencido, y desea luego comprar los fondos que está obligado á entregar. Su enemigo, el toro, se aprovecha de la ventaja que se le ofrece, y no vende sino á un precio superior. Si al contrario el comprador abandona la partida, es el otro el que triunfa, es el oso el que compra barato los fondos de que anhela el toro desprenderse.

Pero la maniobra que acabamos de referir no es mas que un arreglo amistoso, una especie de pacto, que libra á los dos partidos de las suertes mas arruinadoras de la refriega. A veces no se puede lograr aquel ajuste prévio, y entonces se hace forzoso que la cuestion se decida sobre el mismo campo de batalla, sin tratado de paz y sin compromiso. En este caso el encuentro es muy recio y pára en dar al través con grandiosas fortunas.



La fiesta de las Loges en Saint-Germain. — (Véase la Revista de Paris.)

Supongamos que esta terquedad de una lid encarnizada ha conducido á los dos partidos hasta la mañana del 24 de noviembre. Dan las diez, y empiezan las operaciones. Nunca ha reinado en esta sala un silencio mas profundo; nunca se ha procedido con mas orden y sosiego; pero esta bonanza aparente encubre una zozobra mortal.

Os parecería ver la marcha pausada y silenciosa de dos ejércitos, que, prontos á venir á las manos, retienen el aliento, suspenden su carrera, y con el fusil cargado y la mano en el fiador, van á lanzar y á recibir la muerte. Pero dejaré para siempre, si le place al lector, este giro metafórico y guerrero, para ofrecerle el mero pormenor de los hechos; y él se encargará de llenar los vacíos de este cuadro y de retratar el estruendo, el alboroto, el caos de esta escena violenta. Los compradores prosiguen recibiendo, y los vendedores dando, hasta que unos y otros tengan que pararse.

Quando es evidente que los de la alza pueden comprar mas fondos que los que pueden vender los de la baja, el oso vencido se ve obligado por su contrario á entregarle en especie la suma que le ha prometido. Incapaz el oso de satisfacer á esta demanda, se ofrece á volver á comprar la balanza de lo que no puede comprar: al momento los fondos suben; y el vencedor, el toro, el de la alza, obliga á su enemigo á comprar lo que le falta.

Raras veces el vencedor tiene compasion de su contrario: comprador ó vendedor sacrifica inexorablemente al vencido, y su arma mortal es esta balanza, esta obligacion que impone á su enemigo de volver á comprar muy caro lo que ha prometido, y lo que no puede dar ó pagar.

¡Cuadro incompleto, á pesar de todo, y difícil de redondear! ¿Quién podría dar alguna idea de la gritería, del furor, de las riñas individuales, de las extrañas contraposiciones, de los diálogos increíbles, de los ardidés inauditos que acarrearán estas especulaciones!

¿Cómo pues se han de retratar aquellos acertijos y aquellas pasiones que tienen por expresión una elocuencia especial, cuajada de guarismos y de términos inusitados?

Suponed, si queréis, una disputa teológica, incomprendible para los alcances vulgares, sostenida por las fieras del corral del rey. Recordad las escenas alborotadas que han mediado en los concilios, y esta descripción de la guerra suscitada entre leones y elefantes, una de las mas hermosas partes del *Mahabharat* sanskrit; apenas podreis, combinando estos elementos, realizar un escaso remedo de ese gran tendido, donde la codicia juega á la suerte, y junta la mística lobretez del habla con el encarnizamiento de la pelea.

No olvidemos decir que ambos



El general Mahmud Ben Aiad.

partidos tienen sus caudillos, como los héroes de los poemas épicos sobresalen por su desempeño, sus nulidades y prendas de diverso jaez. Si hubiese intentado llenar todo el cuadro, del cual no he hecho mas que rasgear una parte, hubiera sido forzoso á mi narracion la reseña de estos paladines de la bolsa.

Rara vez los grandes motores del *Stock-Exchange* se muestran en el teatro de sus proezas, sino que tienen sus agentes subalternos, sus representantes conocidos de todo el mundo. Los especuladores de órden inferior tienen que ir nadando por las aguas de estos almirantes, como los moradores del mar siguen las huellas de la ballena agigantada. Otros, mas hábiles ó mas denodados, se abren un camino independiente, juegan segun sus propios datos y sus propias combinaciones, y llegan á veces á la fortuna por este camino extraño, irregular.

Los caudillos de que acabo de hablar se valen en su recóndito escritorio de arbitrios harto enmarañados para acanalar la alza ó baja. Ora la plaza rebosa de fondos; ora, barriendo, por decirlo así, todo el metálico andante, ocasionan una carestía aparente, seguida de un alza igualmente soñada: maquinaciones agigantadas, siempre repentinas, á las cuales los escasos recursos de los pequeños jugadores no pueden oponer ninguna arma defensiva, y que los arruina con suma frecuencia.

Tales son los principales rasgos característicos de aquel grandioso garito. Que se nos acuse de haber hablado infundadamente de lo que reprobamos sin commiseracion; nada importa; haremos cuenta de que este escarnio corresponde tambien á las costumbres peculiares del lugar que hubiéramos intentado puntualizar.

El hombre, aun en sus facultades mas laudables, se vacía por las circunstancias que le rodean; así la larga experiencia que hemos hecho de las escenas y de las especies que acabamos de describir, nos han familiarizado con ellas. Buscad un cirujano que se entenezca por una herida: un soldado, atezado con el humo de la pólvora y encanecido bajo sus arreos, que lllore aun por los muertos; un marinero que, despues de haber padecido varias tempestades y pasado mas de veinte veces la línea, haga caso de las borrascas y tenga miedo á los escollos. Sea cual fuere la suma de sensibilidad de que nos haya dotado la naturaleza, no tardará en desgastarse en estas situaciones extraordinarias, y el que ha visto despeñarse las fortunas mas encumbradas sobre el campo de batalla de la bolsa, habla de estos triunfos y de estas derrotas de un juego asolador con el sosegado despejo del veterano que refiere los desastres y las victorias en que se ha encontrado.

El hombre, aun en sus facultades mas laudables, se vacía por las circunstancias que le rodean; así la larga experiencia que hemos hecho de las escenas y de las especies que acabamos de describir, nos han familiarizado con ellas. Buscad un cirujano que se entenezca por una herida: un soldado, atezado con el humo de la pólvora y encanecido bajo sus arreos, que lllore aun por los muertos; un marinero que, despues de haber padecido varias tempestades y pasado mas de veinte veces la línea, haga caso de las borrascas y tenga miedo á los escollos. Sea cual fuere la suma de sensibilidad de que nos haya dotado la naturaleza, no tardará en desgastarse en estas situaciones extraordinarias, y el que ha visto despeñarse las fortunas mas encumbradas sobre el campo de batalla de la bolsa, habla de estos triunfos y de estas derrotas de un juego asolador con el sosegado despejo del veterano que refiere los desastres y las victorias en que se ha encontrado.



Antilopes *Canna*, llegados recientemente al Jardin de Aclimatacion de Paris.

El general Mahmud Ben Aiad.

El general Mahmud Ben Aiad, que acaba de llegar de Constantinopla, y cuyo retrato publicamos, pertenece á una de las mas antiguas é ilustras familias de la Regencia de Túnez, y en la cual la riqueza estaba reunida con el brillo del nombre.

Su padre, el general Mohamed Ben Aiad, que durante largo tiempo fué ministro del bey, desempeñó dos veces distintas misiones diplomáticas cerca del gobierno francés: él fué el primero que estableció las relaciones que han existido desde entonces entre la Francia y la Regencia.

También el general Mahmud Ben Aiad ha ocupado tan alta posición, y la confianza que supo inspirar al príncipe, reunió sucesivamente en sus manos casi todos los ramos de la administración y del impuesto.

Bajo su dirección se realizaron reformas tan inteligentes como útiles.

Las rentas de la Regencia aumentaron en corto tiempo en proporciones considerables, sin hacer pesar nuevas cargas sobre el pueblo.

Las fábricas y manufacturas debidas á su iniciativa, han librado á su patria del tributo que pagaba al extranjero, y suministrado medios de trabajo y de civilización á sus conciudadanos.

El servicio de la guerra y la alimentación de las tropas se han mejorado también considerablemente, y el ejército, compuesto de unos 25,000 hombres, se halla instruido y equipado como el de las naciones europeas.

Después de su salida de la Regencia, la situación financiera del país se ha modificado de una manera deplorable. A fin de subvenir á los gastos crecientes del tesoro, motivados por causas que no nos corresponde apreciar, ha sido preciso imponer á las poblaciones un derecho de capitación muy oneroso, y luego se ha recurrido asimismo á empréstitos en el extranjero: los réditos de estos empréstitos, que no han sido pagados, han producido entre Francia y la Regencia graves complicaciones, las cuales afortunadamente han sido allanadas por la habilidad del ministro de Negocios extranjeros.

Tal ha sido el resultado de la dirección dada por los hombres que el general Ben Aiad y su padre habían sacado de la mas ínfima posición social para abrirles la vía de los honores y de la fortuna: ellos son los que, aprovechando su presencia en Francia, trabajaron sin descanso por enajenar el afecto del príncipe, provocando un grave disentimiento del que ha tenido á bien constituirse árbitro S. M. el emperador de los franceses, en su benevolencia por el general Mahmud Ben Aiad.

M. M.

El antílope Canna.

El Jardín de Aclimatación de París ha recibido últimamente dos magníficos antílopes, de los que forman en la clasificación de Cuvier la primera sección de los rumiantes de astas huecas. Notables por su ligereza y por la elegancia de su estructura, tienen todavía otro punto de semejanza con el ciervo, cual es el de la presencia de *lagrimeros* al rededor del ángulo interno del ojo. Al pronto parece difícil distinguir estos dos géneros de rumiantes, y sin embargo, el uno y el otro tienen señales distintivas, características, siendo la principal de ellas la naturaleza de sus astas, que son huecas, de hueso sólido y sin poros; estas astas persisten mientras el animal tiene vida.

Todas las subdivisiones establecidas en el género antílope están basadas en este género.

Los antílopes representados en nuestro dibujo pertenecen al género *Canna*, ó Danta del Cabo. De la corpulencia de un caballo grande, su pelaje es pardusco, y sus crines se extienden á lo largo de toda la columna vertebral hasta la cola, que remata como una borla. Su papada se parece á la del toro. Los canas tienen una vista muy penetrante, y el oído y el olfato de una finura extraordinaria; apacibles, sociables y casi tímidos, viven principalmente en el Norte del Cabo. Se ha tratado ya de utilizar la fuerza de estos animales, no sabemos con qué resultado; pero es de esperar que el Jardín de Aclimatación conseguirá el objeto apetecido. En este caso, los antílopes que hoy se hallan en él, serán doblemente interesantes.

M. M.

Revista de París.

La crónica parisiense no lleva trazas de reanimarse por ahora. Mas que nunca se habla hoy de viajes, de excursiones campestres á las cercanías de París, de visitas á la Exposición del Havre, de cacerías y de carreras de caballos que tienen lugar en distintos puntos de Francia. La corte está ya en Biarritz, y por consiguiente el movimiento del mundo oficial se dirige hácia la frontera de España. La masa de la población que no es partidaria de las expediciones lejanas, se contenta con frecuentar las animadas ferias de las cercanías de la capital, hoy en Saint-Germain, mañana

en Saint-Cloud, pasado mañana en Montfermeil ó en cualquier otro sitio de los que celebran sus fiestas á fines del verano. Entre estas, verdaderamente hay algunas notables, como verbigracia la que se llama *de las Loges* en medio de la floresta de Saint-Germain. Nada mas pintoresco que ese cuadro. En el centro de una gran plazoleta á cuyo frente se distingue un establecimiento de educación dependiente de la casa de San Dionisio, donde se da enseñanza á las hijas ó huérfanas de los militares condecorados con la cruz de la Legión de Honor, se instalan las barracas de ordenanza, con una serie de cocinas al aire libre, donde se improvisa comida para los miles de personas que acuden á la feria. Es una verdadera fiesta campestre que el lapiz de nuestro dibujante señala en este número á la atención de nuestros lectores mejor que podríamos hacerlo nosotros con la pluma.

Las cacerías ocupan también mucho á los parisienses. Todo el que en el día se encuentra en París, sin ser gran conocedor de las costumbres locales, podría creerse en un pueblo de cazadores de oficio. Por todas partes se ven aficionados con la escopeta al hombro y el perro al lado, que se dirigen al camino de hierro, vestidos con el traje tradicional y poseídos de la satisfacción interior que proporciona al hombre el cumplimiento de un deber mundano. Deber decimos, y no retractamos la palabra, pues el hombre de mundo cuenta entre sus obligaciones imprescindibles la de saber apuntar con donaire á una perdiz, y la de hablar el lenguaje que durante unos meses esmalta la conversación de los parisienses de alto rango. Los que no están iniciados en tales cosas representan un papel demasiado subalterno para que no se apresuren á tomar lecciones.

A la verdad nada hay mas fácil: los tratados de caza abundan que es un portento, y últimamente acaba de publicarse un libro sobre la materia que no deja nada que desear en punto á teoría. Sus autores son hombres competentes, á saber: el baron de Lâge de Chaillou, oficial de la montería imperial, M. A. de la Rue, inspector de los bosques de la corona, y el marqués de Cherville. Conociendo estos señores que muchos de los que aspiran al título de cazador necesitan saber desde las nociones mas elementales, les dirigen una serie de consejos dignos de ser citados; traducimos abreviando:

No se deben comprar escopetas de pacotilla; vale mas pagarlas algo caras en las tiendas de los buenos armeros, porque así se evitan fatales accidentes.

Cuando se apunta hay que alargar el brazo y asir los cañones con fuerza para dar mas estabilidad al arma.

El hombre precavido debe procurar alejarse de los cazadores nerviosos, pues no hay nada mas terrible que semejantes vecinos. Los cazadores nerviosos deberían cazar aislados.

La escopeta debe llevarse siempre con la boca de los cañones mirando al cielo. Regla general: el cañon siempre en el aire, cargado ó no, solo ó acompañado.

El cazador prudente saca los cartuchos del cañon antes de saltar un barranco ó una cerca, antes de subir en coche y de entrar en su casa.

El que da una caída cazando, lo primero que debe hacer, antes de atender á su persona, es limpiar su escopeta y registrar los cañones, sobre todo en tiempo de nieve.

No es bueno tirar todo el día con el mismo cañon.

Últimamente, nadie debe ofenderse de las observaciones que se le hagan en la caza respecto de las imprudencias que haya podido cometer, sino antes bien debe dar gracias por el servicio que se le hace.

Estas recomendaciones deberían imprimirse en los permisos de caza que da la prefectura de policía: el cazador diestro podría dispensarse de leerlas, pero en cambio el inexperto las tendría á la mano.

Por lo demás, el libro á que nos referimos es toda una enciclopedia de caza que trata extensamente, de las armas de caza antiguas y modernas, de todos los instrumentos inventados para coger á los animales, de las diversas razas de perros, de su cria, su higiene, su alimento, sus enfermedades, de todas las piezas de caza, animales de pelo, de pluma, de paso, de pantano; de su propagación, su conservación y modo de cazarlos, y por último, de los animales dañinos como el lobo, la zorra, etc., y el modo de cazarlos y destruirlos.

Sin embargo de guías tan seguros como lo son este y otros tratados del mismo género, la masa principal de los cazadores se gobierna por su propio albedrío, de lo que resultan anualmente muchas desgracias. Ya este año se han señalado varias que han cubierto de luto á las familias; sin contar con que el cazador inexperto se volvería siempre á casa con el morral vacío, si no fuera porque tiene á su alcance diferentes maneras de llenarlo.

Años atrás el malhadado cazador que habia gastado su pólvora en balde, antes de entrar en su casa se daba una vuelta por el mercado y elegía á sus anchas las víctimas que debia presentar á su cocinera; pero este sistema vulgar ya ha caído en desuso, y es de sentir, porque daba origen á curiosos lances. Sea como quiera, lo cierto es que hoy se venden esportillos preparados *ad hoc*, llenos de piezas de caza que se supone acaban de llegar por el ferrocarril y que el cazador recibe con aire de triunfo cuando ha regresado á su domicilio. Es un progreso que merece señalarse. La especulación se ha montado en grande, y dícese que produce fructuosos resultados.

Pero todo esto no da en suma gran cosecha á la crónica, que mas que nunca se escribe hoy en Baden, en Dieppe ó en Biarritz.

Parece ser que en las playas de los baños de mar se ha-

cen este año muchos casamientos, sobre todo entre personas encopetadas. Naturalmente ha de ser así, pues entre personas de mediana condición es difícilísima la vida moderna en matrimonio. Como de costumbre, hay ahora en las playas francesas muchas hijas de Albion que se distinguen por su existencia fashionable. A propósito de esta calificación tan ambicionada, una importante publicación de Londres, que se titula *Saturday-Review*, ha trazado un retrato satírico de la *dama fashionable* que no sabemos cómo habrá sido recibido en Inglaterra. Sus epigramas son punzantes; hé aquí algunos párrafos:

«La dama fashionable se acuesta cuando comienza á salir el sol y se despierta al medio día. Suele distraerse echando una rápida ojeada á los diarios, cuando tiene valor para imponerse semejante tarea, y en otro caso permanece en esa somnolencia tan fatal al cuerpo como al espíritu, que enerva la fibra física y el resorte intelectual. A eso de las dos se levanta lánguidamente para asistir al lunch y después recibe, si es su día, y cuando no su puerta solo está abierta para uno ó dos amigos íntimos. A las cuatro de la tarde se viste para salir en coche, y entonces hace visitas, deja tarjetas, va á casa de su modista y á la joyería á fin de comprar objetos de lujo para asistir á los teatros y á los conciertos ó para pasearse en el parque, donde se oyen y se refieren entre amigas las noticias escandalosas del día. Luego vuelve á casa para comer, y después de comer se va á un teatro de ópera, y de allí á un concierto ó á un gran baile. Finalmente, se retira á su cuarto al amanecer, rendida de cansancio, enervada, con fiebre.

»La mujer á la moda tiene dos grandes recursos en medio de sus desfallecimientos físicos y morales, y son su doctor y su clerygman, si es protestante, ó su director, si es católica. Por la indisposición mas leve se mete en la cama y manda llamar al facultativo, á quien obedece en todo y por todo, pues para ella es un oráculo. Tanto mejor si es un hombre de talento y de moralidad, que emplea su influencia en hacer que aquella mujer se respete á sí misma, porque es muy raro que en esa vida de disipación no ande mezclada alguna intriga sentimental, que tiene un fin trágico ó despreciable, segun el temperamento de la mujer y el carácter del hombre con quien se halla en relaciones.

»Nada digno ni sano puede haber en una existencia semejante. Su religion no es mas que aparente, sus placeres consisten en la vanidad, la maledicencia, la depravación; no cumple con ningun deber de esposa ó de madre; su marido no es mas que un banquero; apenas se roza con sus hijos, que deja entregados á la dirección de una institutriz; sirve únicamente para adorno de un salon cuando es bonita, y vive solo á la luz de las bugías en una atmósfera sofocante y con hábitos artificiales.

»Y á todo esto van trascurriendo años, la mujer á la moda envejece, y entonces se consagra á una tarea terrible, la de luchar contra el trabajo de los años, la de detener á la juventud que se la escapa.

»Entonces necesita apelar á los colores, necesita esmaltarse, y llega á fabricarse, á fuerza de artificios, una cara postiza; pero debe andar con cuidado para no exponerse al calor ó á la humedad, pues de lo contrario el brillo artificial se evapora, los adoradores se alejan, y solo excita risa y repugnancia.»

El retrato no es lisonjero, pero seguramente no corregirá de tan inveteradas costumbres á muchas de las damas fashionables que hoy se pasean por las playas marítimas.

En otro orden de cosas, tenemos que hacernos cargo de una historieta bastante inverosímil, pero que los diarios de París han dado esta semana como muy auténtica.

Hé aquí los hechos:

La escena pasa hace ya algunos años en casa de un artista dramático que la crónica designa con la inicial B..., y que vivía en París en la calle del Oeste, una de las que circundan el jardín del Luxemburgo.

Un amigo, un antiguo compañero, se presenta á M. B... y le dice:

— Querido mio, vengo del extranjero donde he formado parte de una compañía con la peor suerte del mundo. Hicimos pésimos negocios, y una mañana el empresario nos abandonó, dejándonos á todos en la mayor miseria.

— ¿Y cómo has podido venir á París?

— Con mil trabajos; haciendo á pié la mayor parte del camino.

— ¡Pobre amigo mio!

Generalmente hablando, los artistas están dotados de un corazón generoso, y así fué que M. B... se apresuró á auxiliar á un compañero que se hallaba en tan terrible apuro.

— Te proporcionaré asilo y comida, le dijo.

Y con efecto, le buscó una casa, donde respondiendo por él, le dieron cama y mesa, y además le puso en relaciones con varios actores que todos le socorrieron poco ó mucho.

No habian pasado muchos días cuando el huésped se presentó á su amigo, diciéndole:

— Estoy en el colmo de la alegría.

— ¿Pues qué hay?

— Acabo de ajustarme para Bruselas.

— Sea enhorabuena, lo celebro en el alma. ¿Y es buen ajuste?

— Ventajosísimo, no podia esperarme yo una cosa tan brillante.

— Bien, hombre, bien; ¿y necesitas algo?

— Nada absolutamente: he recibido dinero adelantado, y lo primero que voy á hacer, es pagar mis deudas; pero al mismo tiempo deseo dar un almuerzo á mis amigos, y cuento contigo.

— Con mucho gusto. ¿Cuándo es tu marcha?
 — Dentro de pocos días.
 — Pues bien, cuando quieras estoy á tus órdenes.
 — ¿Podrás venir mañana?
 — Ciertamente.
 — En ese caso, á las diez de la mañana te encontrarás en la galería de Orleans; allí nos reuniremos todos.
 — Está entendido.

M. B... acudió á la cita, pero se encontró solo, y al volver á su casa, halló en la portería una cartita cuyo contenido era el siguiente:

« Mi querido amigo y compañero: ¿qué vas á pensar? ¿qué vas á hacer? El demonio me tienta, estoy devorado por la sed del oro, no hay sacrificio á que no me halle dispuesto para alcanzar la riqueza, y si no tuviera la convicción de conseguirla, sin vacilar un instante me levantaría la tapa de los sesos. Desde luego, cansado ya de las miserias de la vida de artista, la abandono, y emprendo un viaje á la California. Si, amigo mio, cuando recibas esta carta, ya estaré en camino para el país del oro. Llevo cuenta exacta de todo lo que te debo, y si salgo bien, te reembolsaré con usura. Mi propósito tiende nada menos que á hacer tu fortuna y la mia. Conserva esta carta como prueba de mi crimen, que algun dia te la pediré, y me la darás con mucho gusto. »

Efectivamente, mientras el artista esperaba en la galería de Orleans á su amigo, este se habia ocupado en robarle en su domicilio, un reloj de oro, dos sortijas, quinientos francos en billetes y en oro, y un precioso anillo con un brillante, regalo del emperador de Rusia.

Ya estaba completamente olvidada esta aventura, cuando hace tres dias M. B... recibió por el correo una carta certificada que contenia estas palabras:

« Dentro de tres meses estaré en Paris, y entre tanto te envío el principio de la restitucion que te debo. »

Y adjunta habia una letra de 25,000 francos pagadera en la caja de Rothschild.

¡Ladrones que enriquecen á sus víctimas! Preciso es confesar que se ven pocos.

Nada todavía en punto á teatros. Se habla de distintas novedades, sobre todo en los de ópera, pero hasta hoy nada nuevo hemos visto. Lejos de eso, en la Opera Cómica, lo mismo que en la Grande Opera, se echa mano del antiguo repertorio. Ahora se está dando la *Ambassadrice*, de Auber, en cuyo libretto se traiza la historia de la Enriqueta Sontag, aquella aristocrática cantante que extendió por todo el mundo la fama de su nombre. Sin embargo, parece ser que muy luego veremos la primera representación en este teatro del *Corricolo*, ópera en tres actos, de M. Poise, á la que seguirá una nueva obra de Offenbach, titulada *Vert-Vert*. El mismo Offenbach trabaja al propio tiempo en otra partitura prometida al teatro de los Bufos Parisienses, la cual llevará el título de la *Isla de Perlutipan*. Finalmente, el príncipe Poniatowski prepara una ópera para el debut de la Minnie Hauck, la nueva cantante ajustada este año en los Italianos, que si hemos de creer á sus amigos y admiradores, está destinada á hacernos olvidar en breve á la marquesa de Caux, ó sea la Adelina Patti. Esperaremos pues antes de pronunciarnos.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

I.

AL QUEMAR UN RETRATO.

Me han dicho que eres tú la enamorada
 Que un tiempo fué mi dulce desvarío.
 Que ese pecho ha latido junto al mio,
 Que he besado esa frente nacarada.

Me han dicho que eres tú la que enojada
 Disculparme no supo un extravío,
 ¡La que á implorar el corazón mas frío
 Llegó despues en lágrimas bañada!...

¡No recuerdo de tí... ni tu hermosura!
 Si es la tuya la imagen que me hechiza,
 Al fuego vaya la gentil figura,

Y del lienzo que tanto simboliza
 Quede solo en el ascua que fulgura
 Lo que me queda de tu amor: ¡Ceniza!

II.

IMITACION DEL FRANCÉS.

¡ Hay un dulce misterio todo mio,
 Un secreto de amor no revelado,
 Un dolor sin gemidos, no soñado
 Ni aun por aquella que su causa fué!

¡ Cuando de lejos, al pasar, la miro,
 Yo solo sé de un alma la agonía,
 Si ella me mira, entonces... todavía
 No ha llegado á mirarme esa mujer!

¡ Siempre con ella y siempre solitario
 Hasta el fin llegaré de mi jornada,
 Sin recibir en mis delirios nada,
 Sin que nada me atreva á demandar!

¡ Ella, en su extrema candidez, ni escucha,
 Al cumplir en la tierra su destino,
 El murmullo de amor que en su camino
 Sus dulces pasos despertando van!

¡ Esclava del deber, sencilla y pura
 De otro ser compañera reverente,
 Si estos versos conoce, indiferente
 « ¿Quién es esta mujer? » murmurará.

¡ Y no puede juzgar quien es la sola
 Imágen tierna que en mi mente cabe!...
 « ¿Quién es esta mujer? » ¡ Y ella no sabe
 Que no la debe conocer jamás!

ISAAC CARRILLO Y O'FARRILL.

Isla de Cuba, 13 de marzo de 1868.

El tesoro de Nuestra Señora de Paris.

I.

Cuando se lee en los libros antiguos la descripción de las obras de arte con que los reyes, los altos señores y hasta las personas mas humildes, habian enriquecido el antiguo tesoro, ó coleccion de alhajas de Nuestra Señora, se confunde uno y se entristece ante la enumeración de riquezas semejantes. Era verdaderamente un museo. Para abrigar las reliquias que en ciertas solemnidades ofrecian á la veneración de los fieles, habian mandado hacer urnas resplandecientes de oro y pedrerías; los obispos y los canónigos tenían á honra dejar un recuerdo á su catedral, y la iglesia, que por su parte cobraba buenas rentas, colocaba en su tesoro los vasos sagrados y las cruces procesionales que mandaba hacer á los mejores plateros contemporáneos. A estas obras de metal se añadía una coleccion verdaderamente espléndida de ropas é insignias sacerdotales donde brillaban los bordados preciosos sobre la seda y el terciopelo, y que eran otros triunfos del arte del bordador, que fué una de las glorias de la Francia.

Sabido es que el viento de la tormenta dispersó estas maravillas: muchas obras de oro y plata perecieron en 1792, y otras, conservadas para los museos, salieron para siempre del tesoro de Nuestra Señora, tanto que, cuando en el dia quiere uno darse cuenta de las riquezas que la antigua sacristía encerraba, tiene que recurrir al inventario del abate de Montjoie en la *Descripción histórica de las curiosidades de la iglesia de Paris* (1763). Repetimos que es imposible leer sin amargo sentimiento la enumeración de esas obras destruidas ó extraviadas.

Un dia vendrá, no obstante, en que sin poder luchar con tales recuerdos, Nuestra Señora tendrá un nuevo tesoro. Ya en el dia figuran en él piezas interesantes, y cuando hayan envejecido, serán para los aficionados una especie de consuelo. Vamos á decir cuatro palabras acerca de esta coleccion comenzada que los extranjeros jamás dejan de ver, y que los parisienses, en su soberbio desden por su historia, apenas conocen.

La reconstitucion del tesoro de Nuestra Señora comenzó en el primer imperio. Al dia siguiente de la consagración, Napoleon mandó llevar á la catedral lo que llamaban « insignias de Carlomagno, » esto es, el cetro, la mano de justicia, la espada, la corona y las espuelas, curiosos monumentos que no todos tenían el antiguo origen que les atribuyó la cándida arqueología de 1804, pero que no por eso dejaban de ser obras preciosas, y al propio tiempo el emperador regaló al tesoro los objetos que habian servido para su coronación, y que habian salido de los talleres de Biennais y de Nitot. A esto reunieron los mantos magníficamente bordados del emperador y la emperatriz. Además, por entonces tambien se restituyeron á la iglesia antiguas reliquias para las cuales hicieron urnas los plateros contemporáneos. Carlos Cahier, que debia ser célebre bajo la restauración, se dió á conocer entonces, y un maestro ignorado, « el señor Loques, platero del clero, » ejecutó un sol de plata sobredorada y una gran cruz procesional. Todas estas obras eran de un gusto suntuoso, pero frío: la época era mala para todas las artes de ornato.

Desde entonces no ha cesado de enriquecerse el tesoro de Nuestra Señora. Luis XVIII se dignó pensar en la catedral, y el regalo que hizo se conserva. Otros siguieron su ejemplo; pudieron hacerse algunas adquisi-

ciones, se encontraron ciertas piezas venerables por su fecha, y hoy, gracias á la activa vigilancia de M. Deplace, arcipreste de Nuestra Señora, y del conservador, el abate Simonet, el tesoro se va reconstituyendo poco á poco.

Muy luego estas riquezas serán conocidas de todos, pues se están sacando de ellas pruebas fotográficas, entre las cuales hemos elegido el tipo de relicario que reproducimos.

Las obras modernas del tesoro de Nuestra Señora han sido inspiradas casi todas por M. Viollet-le-Duc, inteligente arquitecto, que en su celo para restaurar la antigua catedral, no podia olvidar que una iglesia del siglo XIII necesita un mueblaje del mismo tiempo, ó por lo menos, del mismo estilo. Mientras reemplazaba en sus nichos á los santos que habian mutilado el tiempo y las revoluciones, mientras daba los modelos de las pinturas decorativas de las capillas, debia pensar en el tesoro y en sus alhajas. Con efecto, así fué, y hoy pueden estudiarse en la catedral varias piezas ejecutadas por hábiles plateros con vista de sus dibujos, siendo la mas importante el relicario de la santa corona de espinas.

Conocida es la historia de esta reliquia. Balduino II, emperador de Constantinopla, poseia la corona que habia ensangrentado la frente de Jesus, y no obstante su piedad, viéndose en apuros, empeñó en casa de unos banqueros venecianos el venerado objeto. Sintiólo muchísimo, tanto que habiendo venido á Francia, contó sus penas á san Luis, quien satisfizo generosamente á los acreedores de Balduino. Este regaló al rey la corona rescatada entonces, que fué trasportada á Paris con otras reliquias (1239), y San Luis salió á buscarlas á Sens, y las mandó colocar en la Santa Capilla que hizo levantar para este uso.

Muchos siglos se conservó la corona de espinas en la Santa Capilla, hasta que en 1791 fué trasladada á la abadia de San Dionisio, donde no permaneció largo tiempo, pues en 1794 la llevaron á la Biblioteca nacional, despues de haberla enviado los adornos de oro que la envolvian, y que se convirtieron en moneda. Diez años despues Napoleon I restituyó la corona á Nuestra Señora, y entonces la pusieron en un relicario ejecutado por Cahier, y que segun la descripción de Gilbert, no estaba exento de ciertas pretensiones. Sobre un zócalo rectangular sostenido por garras de leon, el artista habia colocado tres ángeles con una rodilla en el suelo, y que sostenian un globo coronado con una figurilla de la Religion. Este globo, que se abria en dos partes iguales, contenia la corona de espinas metida en un relicario de cristal montado en plata dorada. Sin intencion malévolá, se puede asegurar que este monumento no tenia el estilo de la edad media.

No se podrá decir lo mismo del nuevo relicario dibujado por M. Viollet-le-Duc, y ejecutado por M. Poussielgue-Rusand.

Esta pieza (véase nuestro grabado) ofrece en su disposición general el simbolismo á que tan aficionados eran los antiguos maestros franceses. Destinada á encerrar la santa corona, afecta en su parte superior la forma y apariencia del objeto que abriga y glorifica: con efecto, antiguamente era uso expresar por el dibujo del relicario la naturaleza de la reliquia en él contenida. Esta ingeniosa y sencilla figuración de las cosas tenia su elocuencia, no desagradaba á los letrados, y era accesible á todo el mundo. M. Viollet-le-Duc recordó estos ejemplos. Encerrada en una corona con flores de lis, la reliquia está sostenida y como guardada por los doce apóstoles, de pié y simétricamente colocados entre los arcos. Un nudo labrado reúne la parte superior del relicario con el zócalo que completa su significación, y que adornan tres figuras sentadas, en las que se reconoce á santa Elena, que encontró la verdadera cruz, al emperador Balduino, el primer poseedor de las reliquias, y á san Luis, por cuya piedad la obtuvo la Francia. Pensativo y con la cabeza inclinada, el rey tiene devotamente en sus manos la corona de espinas. Unos animales fantásticos como los que se ven en las techumbres de las catedrales, sirven de piés al monumento, y acaban de precisar su carácter.

Las pedrerías que hay engastadas en la plata dan al relicario de la santa corona un gran aspecto de lujo y de riqueza, que no excluyen un gusto severo. Las figuras de los apóstoles y las de los tres personajes sentados en torno del zócalo, están perfectamente modeladas. Esta gran obra de platería religiosa es seguramente una de las mejores que han salido hasta hoy del fecundo taller de M. Poussielgue. Concluido en 1861, el relicario de la corona de espinas figuró el año siguiente en la Exposición universal de Londres. P. M.

(Se concluirá.)

Fiesta dada por el gobernador general

DE LA ARGELIA Á LOS OFICIALES DE LA ESCUADRA DEL MEDITERRÁNEO.

Durante la estancia de la escuadra del Mediterráneo en Argel, la señora mariscal de Mac-Mahon y S. E. el gobernador general, dieron á los oficiales de la escuadra y del ejército de tierra una espléndida fiesta, cuyo brillo aumentó la presencia de S. A. I. el gran duque Ale-

jo, hijo del emperador de Rusia, que habia llegado la víspera á bordo de la fragata *Alejandra Newski*.

A las nueve la muchedumbre llenaba el palacio de verano de Mustafá y sus magníficos jardines, tan resplandecientes de luces que parecían una de aquellas estancias maravillosas que los autores árabes nos han descrito en las *Mil y una Noches*.

A las nueve y media llegó el gran duque en un carruaje de gala, escoltado por un peloton de cazadores de Africa, los cuales llevaban antorchas que alumbraban pintorescamente el accidentado camino de Argel al palacio.

Su Alteza fué recibido á la entrada de la sala por el gobernador general, y dió una vuelta por lossalones, en tanto que la orquesta tocaba el himno nacional ruso.

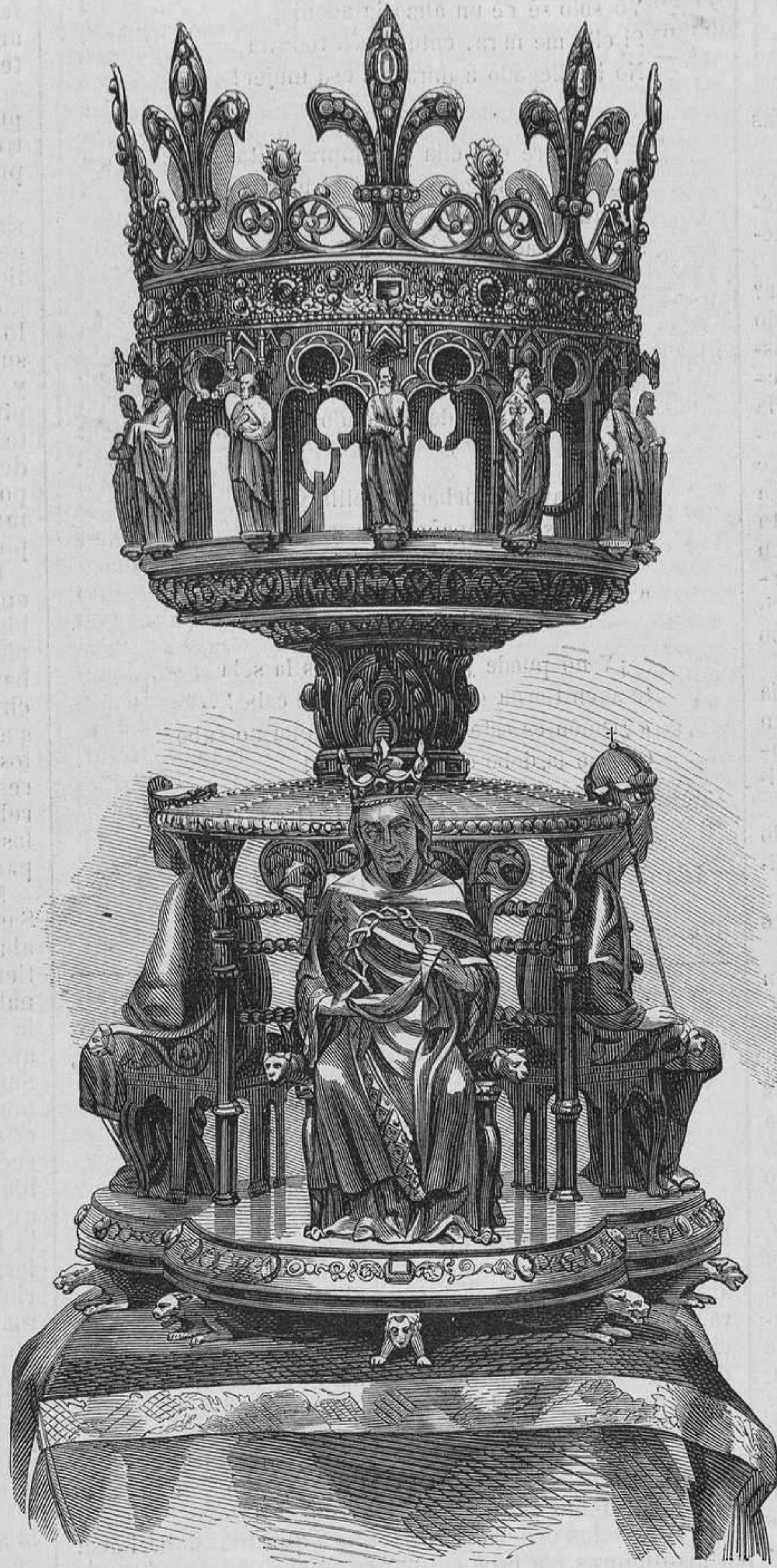
Inmediatamente despues comenzaron los bailes, que se prolongaron hasta las cuatro de la madrugada. La señora mariscal de MacMahon, que habia presidido á la organizacion de la fiesta y á la decoracion del palacio, se mostró, como de costumbre, afable y bondadosa con todo el mundo.

Gran concurso musical

DEL HAVRE.

Grande es la importancia que han adquirido las sociedades musicales que sucesivamente se han fundado en casi todas las ciudades y hasta en las aldeas, y que forman hoy como una asociacion inmensa en toda Francia. El gran concurso musical que ha tenido lugar el 30 de agosto último en el Havre, ha manifestado una vez el incremento que toman estas útiles instituciones y los progresos que han realizado. Unas ciento cincuenta sociedades corales procedentes de todos los puntos de la Normandía, de Paris y hasta de Bélgica que formaban un total de mas de 6,000 ejecutantes tomaron parte en esta fiesta que habia atraído al Havre una considerable afluencia de espectadores. El número de los competidores era tan crecido, que fué preciso dividirlo en varios grupos, los cuales se presentaron ante once jurados en distintos locales.

El programa anunciaba dos series de pruebas, unas de *ejecucion*, otras de *lectura á primera vista*, y luego un concurso llamado de *excelencia* entre las sociedades que mas se distinguieran. A las ocho de la mañana se reunian los competidores en las cercanías de las Casas Consistoriales, donde debia efectuar-



EL TESORO DE N. S. DE PARIS. — Relicario de la Santa corona.

se el concurso de lectura, y á las once todas las sociedades musicales se dirigian al Cours Napoleon y luego se ponian en marcha para formar un inmenso cortejo que recorrió sucesivamente la calle de Normandía, la calzada de Ingouville, la plaza Napoleon III y la calle de Paris para llegar á la plaza Luis XVI, donde se dispersaron á fin de presentarse cada una á su respectivo jurado. Despues de una larga serie de pruebas en que mas de una sociedad se mostró digna de rivalizar con la mejor orquesta y mereció los aplausos de la muchedumbre, tuvo lugar la distribucion de premios, presidiada por el prefecto del Sena Inferior: cien medallas de oro y de plata y dos coronas de plata sobredorada, fueron entregadas á los vencedores. Eran las nueve de la noche cuando la ceremonia se concluyó, y en tanto que la multitud se diseminaba por las calles iluminadas, las autoridades y los miembros del jurado se reunian en un banquete dado por el comité de organizacion y que terminó dignamente tan brillante fiesta. P. P.

El vino de Chipre.

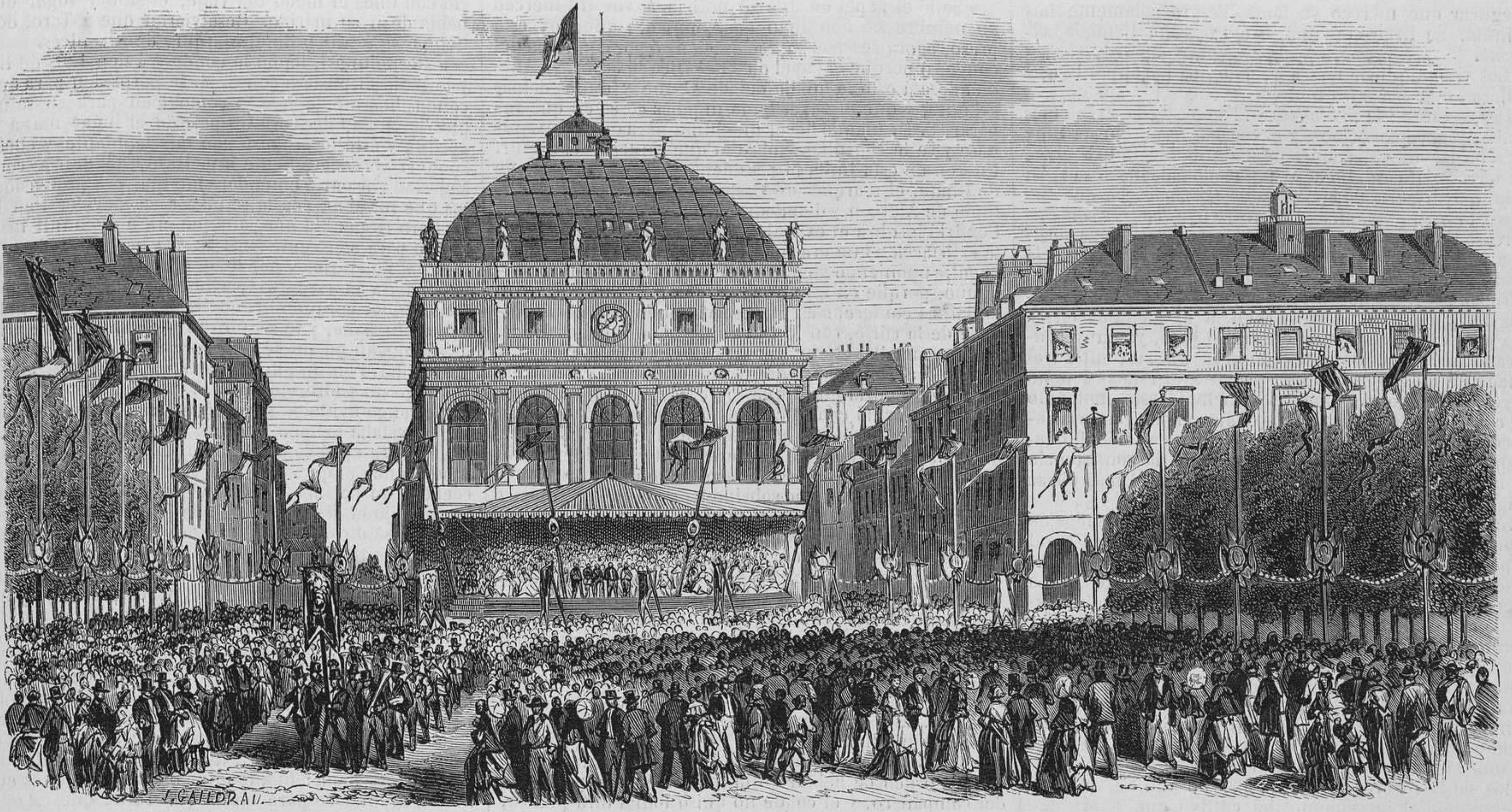
El vino de Chipre es como el de Falerno, ha pasado al estado clásico, y aunque se habla mucho de él se bebe poquísimo. Sin embargo, hay entre ellos una diferencia: el vino de Falerno no ha figurado nunca en nuestras mesas y el vino de Chipre ha desaparecido de ellas, y no es porque aquel ya no exista, pues yo he bebido en Nápoles un vinillo blanco nada desagradable, sino porque no parece destinado á reconquistar la reputacion que tuvo en tiempo de Horacio. Nada, pues, le recomiendo ya á la atencion de los aficionados.

En las montañas es donde se encuentran los mejores viñedos de Chipre y donde se fabrican los mejores vinos, sobre todo aquellos que se conocen con el nombre de vinos de *Commanderie*, nombre francés, que recuerda la época en que la raza francesa se mostró dotada en mas alto grado del espíritu de autonomia y de colonizacion.

La órden del Temple habia cubierto el Oriente de establecimientos que tanto ó mas eran factorías que fortalezas. Sabido es que la órden se creó para escoltar las caravanas mercantes. Los templarios hacian de todo, y particularmente de comerciantes en Chipre: vendian vino al por menor. Su establecimiento de Coloni, capital del feudo de Amatonta, era el depósito general de todos los vinos que han conservado el nombre. Los venecianos llevaban de aquí el vino por toda Europa, y si el



ARGELIA. — Fiesta dada por el gobernador general de Argelia á los oficiales de la escuadra del Mediterráneo y del ejército de tierra.



GRAN CONCURSO DE ORFEONES EN EL HAVRE. — Desfile de los orfeones del jurado en la plaza de la Comedia.

sultan Selim emprendió la conquista de la isla, fué por el deseo de proporcionársele directamente.

Coloni, cuyo cuadrado torreón existe todavía, es el límite extremo del viñedo Oinodos, el mas considerable de Chipre, pues abarca las dos vertientes de una cordillera de colinas calcáreas, una perteneciente á los cristianos y otra á los musulmanes.

Hace algunos años estos últimos fabricaban poco vino y á escondidas y vendían el producto de sus viñas bajo la forma de pasa; mas en el día todos á la par honran

á Baco, quizás en demasía. Chipre es particularmente un país de beodos y hasta las mujeres se embriagan.

Los vinos que sirven para el consumo de los habitantes, de un color casi negro, están estropeados por la resina y sobre todo por el yeso, que hacen entrar en su fabricación. El yeso impide que se vuelvan ácidos, y en cuanto á la resina nada tiene que ver con la conservación del vino. Untan con ella el interior de las vasijas (*gomas*) que sirven de cubas para hacerlas impermeables, y cuando estas vasijas son viejas (y muchas tienen

siglos) la resina ha perdido su aspereza y puede comunicar al vino un gusto aromático que agrada. Sin embargo, en las nuevas es insoportable. Algunos comerciantes de las Escalas les envían barriles, y no hay para qué decir que en estos barriles el vino no toma ningún gusto y se conserva lo mismo.

El mejor de estos vinos es el del Olimpo, muy conocido en el siglo último, pero que ni aun en Chipre es posible obtener, tan malo es el estado de los caminos. Yo lo bebí en el convento de la Troditism y puedo



LAS VENDIMIAS EN LA ISLA DE CHIPRE. — Aspecto de una *Phenecha* (establecimiento vitícola de Chipre).

asegurar que merece su fama, desgraciadamente hoy difunta. Se hace con una uva exquisita llamada *vof-tarmo*.

Los vinos de licor mas apreciados se hacen en la cordillera de la *Machaira* no lejos de Nicosia y son de tres clases, á saber: la *moscatella* y el *morocanella*, excelentes ambos y poco conocidos, y el *commanderie*, que es muy seco en las inmediaciones de Peia donde la uva crece en terreno silicoso. De aquí ha sacado Módena sus cepas.

La mayor parte de los vinos de *Commanderie* que llegan á Francia, vienen de Lefkara, cuyas colinas son calcáreas. Este tiene en alto grado esa consistencia aceitosa que se busca en los vinos rancios de Chipre y á la cual es preciso estar acostumbrado.

Todos los vinos de Chipre se hacen poco mas ó menos de la misma manera: llevan la uva á unos terrados para que acabe de madurar; el jugo, ya muy azucarado por naturaleza se conserva un año entero al estado de mosto y solo entonces pasa al estado ácido ó al estado alcohólico. Una vez concluido este momento de crisis, puede beberse á los cuatro años, gana en calidad hasta los sesenta años y se conserva indefinidamente. Su color es muy oscuro y ofrece la consistencia de un jarabe. El vino rancio de Chipre es el mas eficaz y agradable de los tónicos.

En el día y á consecuencia de los nuevos tratados de comercio, el vino de Chipre tiene entrada franca en el imperio francés, y podria muy bien figurar en las mesas si no encontrara en el mismo lugar de la producción dos enemigos implacables que son el *oidium* y la administración otomana. El *oidium* pasará, pero la administración otomana es otra cosa; se soporta por el temor de que lo que venga despues sea peor todavía.

Entre tanto todos los vinos pagan en el imperio otomano un impuesto de 20 por 100, á lo que hay que unir el diezmo que es de 40 por 100, independientemente de la capitacion exigida al labriego. Este impuesto sobre los vinos ha sido uno de los principales pretextos de la insurreccion cretense en Chipre, pues él interrumpió el incremento del cultivo que habia duplicado en los últimos veinte años. G. D.

Caida del conde-duque de Olivares.

RELACION HECHA POR LOS PADRES JESUITAS DE ENTONCES

(Continuacion.)

» Está delatado á la Inquisicion y dado á calificar; no sé si el señor inquisidor lo ha de tomar con el calor que los señores quieren. Veremos en qué pára tanto sentimiento y qué demostracion se hace.

» Lo que hay del conde-duque es que no solo no vendrá aquí, pero le mandan que se retire al jardin á ser nuestro vecino, porque se ha echado aceite en los ojos con un demonio de un defensorio, que ha salido de siete pliegos en su favor, y en contra de aquel famoso memorial que corrió con tanto aplauso de todos que, si se ha visto el suyo por allá, se verá lo desenfadadamente que habla contra todos, y lo que es peor, contra todos los grandes y señores, á los cuales tiene irritados contra sí, de manera que, para remedio de esto, ha hecho cada uno de ellos un memorial para dar al rey; y además de eso S. M. los ha llamado á cada uno, y han hablado de noche con él de palabra por espacio de una hora, obligando á los que se excusaban; y entre ellos uno le dijo que castigase á este hombre, porque de no hacerlo, le castigaria él, y así lo menos será echarle de aquí.

» Este memorial ó defensorio se atribuyó al principio al padre Juan Martinez de Ripalda, que desde que el conde se retiró á Loeches, está con él asistiéndole, y es nuestro hermano; y como todo lo malo que se hace se atribuye á la compañía, lo primero que les ofreció fué esto, por estar allí este padre. Lo que nos hacian de cortesía era decir que lo político era del conde, y lo moral de otro, y lo teológico de este padre; mas ya se han desengañado que no es ni lo uno ni lo otro, porque el presidente de Castilla tuvo noticia que lo habia hecho un clérigo, á quien el conde habia hecho maestro de Don Juan de Austria, el cual confesó de plano que lo habia hecho él, y que tenia el borrador en su casa. Preguntóle el presidente: ¿qué le habia movido á hacerlo? Respondió, que volver por quien le habia hecho bien. Prendieronle y al impresor tambien, y el papel está mandado recoger, que no se halla uno aunque se den por él mil ducados.

» Hay mas para la verdad de la salida del conde, y es que yendo yo acompañando al padre Luis de la Torre una tarde de esta semana á casa del duque de Montalfo, á la salida se entró en su carroza, y nos llevó en ella gran rato; abrió un papel que le trajeron de palacio, el cual nos leyó parte de lo que contenia, y era que allá dentro se decia la salida, autorizándola con las lágrimas de la condesa, que acreditaba la verdad que en esto habia, y que saldria ella tambien. Han comenzado á proveer algunos officios del conde...

» Contaré á vuestra merced para que lo refiera la lamentable historia del conde de Olivares, sacada de los mejores originales que pueden hablar en la materia, y tomadas las noticias de personas que han visto parte de los decretos y metido las manos en la masa.

» Salió el papel de que di noticia á vuestra merced en nombre de don Juan de Ahumada, que hoy está preso, agora sea por su declaracion, ó por confesion del conde, ó porque el papel dice: — Dice su autor. — Añadiéndose á esto la queja del de Osuna y de los demás grandes, y que el papel tenia muchas cosas en que reparar, S. M. mandó hacer una junta para que se examinase y se le consultase sobre lo que pareciese convenir. Fueron de esta junta el presidente de Castilla, el conde de Oñate, el marqués de Castañeda, don Francisco Antonio de Alarcon y don Pedro Pacheco, del Consejo real. Confirióse sobre el expediente que se habia de tomar y la satisfaccion que era justo se diese á los lastimados del papel, suponiendo siempre que el autor era el conde-duque, porque en esto nunca se ha dudado, y despues de largas conferencias, se resolvió que convendria alejarle de la corte, con lo que se alejaban muchos daños. Hizose consulta al rey para que le mandase retirar á Sevilla ó al jardin, porque se entendia que, en caso de retirarse, tendria gusto que fuese hácia allá. Su Majestad se conformó con la consulta, añadiendo de su letra que se dispusiese que el conde pidiese licencia, para hacer menos áspero el destierro. Este recado pareció que se lo llevasen don Francisco Antonio de Alarcon y don Luis de Haro, como sobrino, porque fuese templada la purga con este azúcar, si bien yo pienso que en semejantes bebidas es lo dulce lo que mas empalaga. El presidente de Castilla envió recaudo al conde que para tal hora esperase á don Francisco Antonio, que iba á tratar un negocio del servicio de S. M., y que le aguardase solo. Obedeció el conde, salió al puesto y hora señalada, y en Madrid se dispuso para mayor disimulo que don Francisco Antonio fuese por camino derecho, y don Luis de Haro, á título de ir de caza, saliese marchando por otra parte, llegando á Loeches al sitio y hora señalada. Esto no se pudo ajustar tan puntualmente en las horas que llegasen juntos. Llegó el conde primero, y luego Alarcon, de que resultó de que, como este no llevaba orden de hablar en la materia sin la presencia del compañero, y el conde no quiso tomar otra plática, porque no pareciese se excusaba de hablar en lo que temia, ó que sobornaba con la conversacion, y que, finalmente, allí no habia otra cosa de que hablar, porque uno ni otro mostraban gusto, dicen que se estuvieron ambos en la carroza del conde, este á la testera y Alarcon á los caballos, mirándose sin hablar palabra en mas de una hora, perdiendo el conde mil colores y trocándolos, y don Francisco con la natural mesura y acedia de que Dios le dotó para estas cosas. Llegó, con efecto, don Luis de Haro; mandó retirar su coche, entró en el de su tío, haciéndole la misma cortesía y veneracion que en los tiempos de su prosperidad; y queriéndole besar la mano, se bajó el conde al estribo, porfiando que tomase su lugar, sobre que hubo muchas repugnancias. En fin, don Luis se quedó en el estribo y el conde en la testera, don Francisco á los caballos, y luego comenzó la conversacion. Dijo don Luis el sentimiento de S. M., ocasionado de este papel, la queja de los ofendidos, los inconvenientes que se temian, y que, previniéndolo todo, habia determinado S. M. que Su Excelencia se retirase á Sevilla. ó al jardin, ó á algun lugar suyo á Andalucía, quedando siempre en la memoria de S. M. el celo con que le habia servido, y que, aunque tenia causa para mayor demostracion, se contentaba con esta y la deseaba disfracar con que él mismo pidiese licencia para retirarse.

» Esta fué la sustancia del recado, á que respondió el conde que él era el mas humilde y obediente vasallo, y que mas le amaba, y así siempre veneraba sus órdenes y con igual puntualidad las obedeceria: que si Su Majestad era servido de mandarle retirar, no replicaba; pero que pedir licencia no lo haria, porque este beneficio lo renunciaba por mayor gloria suya, que era obedecer ciegamente, y que siempre sabia el mundo que su corazon estaba postrado á los pies de S. M., cuyo precepto solamente le podia desviar. Que si supiese que era servido de mandarle alejar, le pareceria no disimularlo con pedir licencia, no teniendo otro consuelo en su miserable fortuna sino solo que no habia nunca de perder la fe y celo de su real servicio. Con tanto, en cualquiera punto, con atender que allí estaba cumpliendo su real voluntad, viviria contento.

» Sobre esta respuesta y otras réplicas se ajustó que porque no pareciese que no admitia tan singular favor como la memoria y atencion de S. M. en esta circunstancia, que don Luis de Haro, como sobrino, propusiese á S. M. que habia entendido que el conde deseaba mejorar de temperamento, porque el de Loeches era caliente, y que juzgaba, si S. M. lo permitiese, que seria singular favor el mudar sitio, y que en esta conformidad saliese el decreto. Asentado esto, se volvieron los señores embajadores, y el conde á Loeches con lágrimas en los ojos; y aunque se habia dispuesto que don Luis volviese por diferente camino, no fué posible por habersele quebrado el coche, y así volvieron juntos en el de don Francisco Antonio.

» Con tanto el día siguiente envió el conde al padre Ripalda, de la Compañía de Jesús, su confesor, con un papel á don Luis de Haro, cuyo sobreescrito decia: Al señor don Luis de Haro, mi señor y mi sobrino, mi amigo y mi valedor, que Dios guarde mas que á mí, como deseo y hé menester.

» La sustancia era pedirle que de su parte suplicase á S. M. que porque el temperamento de Andalucía lo tenia por dañoso, le permitiese ir á Leon ó á Toro, lugares de mayor templanza. Sobre lo mismo escribió á la condesa, la cual llamó á su cuarto, así como el protonotario, á José Gonzalez y al padre Ripalda, y confi-

rió con ellos el modo del viaje, el sitio y lugar donde habia de ir su marido. Resolvieron que á Toro, donde tiene casa á propósito el marqués de Alcañices.

» Resuelto así, llamó la condesa á don Luis de Haro, y le pidió dispusiese con S. M. la permission para que el conde buscara la mayor comodidad para su salud, y que la ciudad de Toro les parecia el lugar mas á propósito; y esto lo propuso con tal semblante y eficacia, como si verdaderamente impetrase esta gracia con Su Majestad sin dar á entender sino que era pretension de los que miraban por la salud de su marido. Don Luis de Haro respondió que, aunque era muy inútil instrumento para conseguir de S. M. esta licencia, todavía por la salud de su tío, y por lo que en ella todos interesaban, haria el esfuerzo posible. En fin, debe haberlo conseguido, porque el conde marcha á Toro sin duda pasado mañana, y le seguirá la condesa. A don Enrique le acomodan en no sé qué escuadra de galeras, y al protonotario en un officio forastero...

« Digo mi padre, que don Francisco Antonio Alarcon, como tengo avisado, se fué á ver con el conde-duque el cual estaba avisado del caso, y así salió al camino. En llegando se apeó don Francisco, y entró en el coche del señor conde-duque. Fué tan secreto que ni criado, ni cochero, ni persona ninguna, pudo entender ni saber lo que dijo el oidor al conde de parte de S. M., porque aunque se dicen muchas cosas, solo es por discurso, que con certidumbre, ninguno la puede tener de lo que entre los dos pasó. Lo que de la dicha plática resultó, es que S. E. se aleja de Madrid, y parte á Toro, que está de aquí treinta leguas.

» La partida será sin falta de juéves á viérnes de esta semana. Ofrecióle su casa por habitacion á la señora condesa de Olivares el nuevo marqués de Alcañices. Avisó S. E. al conde de esta oferta, y aceptóla. Lleva su casa formada: seis gentiles-hombres; seis criadas de cámara, mayordomo y caballero, etc.; tres criados que acudan al regalo de S. E., mientras va quien cuide de él como cosa propia: finalmente, mi padre, de los cuernos de la luna se pára en los del Toro; que estas variedades tienen las cosas de la vida, y si páran ahí no es tan malo.

» Ha señalado S. M. tres jueces del Consejo real para la averiguacion del papel que salió en defensa de Su Excelencia: sospechas hay que Rioja tuvo noticia ó parte cierto es que asistiendo continuamente en lo próximo y adverso á S. E., como maestro que fué suyo en sus niñeces, la sospecha tiene visos de verdad; pero hoy no está ya en su casa, antes se ha salido dejando desazonado á S. E.

» Todo el capítulo que los dias pasados escribí á vuestra merced de la sesion que habian tenido el señor don Luis de Haro y don Francisco Antonio de Alarcon con el conde-duque á la letra es esta, confirmada con el suceso. Pues el viérnes salió de Loeches, camino de Toro, y parece pasó por Madrid. Pidió licencia para seostar en el Retiro; pero no la consiguió mas que para oír misa en Nuestra Señora de Atocha, y que allí se viese con mi señora la condesa y el señor don Luis de Haro, sin mas visitas, y que esto fuese con todo secreto. Y así, cuando se supo en el lugar, ya el conde habia salido, y fué á comer á un lugarillo dos leguas de aquí, llamado Pozuelo de Alarcon. Allí le llevó un mozo de cámara del señor don Luis de Haro seis almohadas blancas para dormir la siesta. No sé cómo iban tan desprevenidos de ropa blanca, no debió llegar á tiempo la recámara.

» Fuéronle á visitar allí y en la Torre, que está cuatro leguas mas adelante y seis de Madrid, algunos señores con su hijo, y el señor don Luis de Haro tambien.

» Los que se han dado por ofendidos de él, como Osuna, Lemus, Hajar, Infantado y otros de este séquito, no salieron: los demás casi todos fueron, y muchos caballeros particulares, y de todos se dejó visitar, contra la costumbre de Loeches. En efecto, va camino de Toro por sus jornadas.

» La marquesa de Alcañices lo sigue, porque dice quiere ir á cuidar del regalo de su hermano y ser su ama; y ayer partió el marqués de Oropesa, nuevo marqués de Alcañices, sobrino del marqués muerto, de quien heredó la casa y grandeza, que va á prevenir el hospedaje para mi señora la marquesa y para el señor conde-duque, que ha de aposentar en los palacios que tiene en Toro la casa de Almansa, que es la baronia de Alcañices.

» El nuevo marqués se cubrió ya delante del rey, y le besó la mano, y como digo, se volvió. La cobertura se le dió con gravámen de pagar á la marquesa de Alcañices ciertos réditos cada año; creo que son tres mil ducados por los dias de su vida. El tal marqués nuevo es de los mas malos niños que he visto en mi vida.

» Volviendo, pues, á mi conde-duque, dicen que va bien marchito y lleno de achaques y de canas, y afectando mucho valor en sus trabajos; pero, si prosiguen, lo rendirán. He oido á muchos, aunque sin original cierto, que lleva un pliego con orden de abrirlo en pasando el puerto de Guadarrama, y ejecutar lo que contiene; pero no me persuado sea verdad, porque juzgo que va á Toro derechamente, y que, si algo se trata contra él, ha de ser mas adelante. Ya no se habla en Madrid de él mas que si no hubiera tal conde en el mundo, y cuando llegue á Toro y sepamos en qué pasa la vida se olvidarán de él.

» Pretendian la cámara del príncipe el duque de Osuna y el del Infantado, y hánse quedado sin ella bien desairados, porque á tan grandes señores apenas les es lícito tomarlo, cuanto mas pretenderlo, y mucho menos conseguirlo. Quedóse en banda tambien el de Monte-

rey, que pretendió también llave para su sobrino el marqués de Tarazona, y ha sentido mucho el desaguisado, juzgando que se le ha hecho el señor don Luis de Haro.

» Todavía no quiere el fraile renunciar al oficio de inquisidor general, y dice que aguarden á que se muera, que hartó viejo es; y no obstante se trata de reducirlo. Sospéchase que se hará alguna visita á estos señores ministros, de que no dejará de saltar astillazo al caballero que va á Toro... »

« No hay plazo que no llegue. Viénes 12 de este (junio de 1643) salió S. E. para Toro, fué á comer á Aravaca, ó por otro nombre Pozuelo de Alarcon, que es un pueblo cerca de Madrid que compró estos días don Gabriel de Alarcon, secretario del consejo de Indias. Dióse por obligado á regalarle, y allá á este efecto, y lo hizo muy cumplidamente. Allí fué visto de la señora condesa de Olivares, á quien acompañó don Luis de Haro, su sobrino, con quien estuvo hablando en secreto algunas horas.

» La materia no se sabe. Fueron algunas personas á visitarle, como el patriarca el conde, de Grajal y otros, que se sentían beneficiados de S. E. Dicen que algunos criados se han despedido de su servicio, y otros les han sucedido nuevo. No hay infelicidad que no tenga algun resquicio de esperanza, para alivio del que la padece y consuelo de los interesados, que con esperanzas de medios apelan para mejor fortuna, y los que no la esperan, tratan de buscarla por otros medios, ya que les salió incierto el que habían intentado; seguro podía vuestra reverencia estar no era el conde el que gobernaba. Hame certificado persona de todo crédito, que no ha visto, desde que salió de Madrid, letra de S. M. escrita para él; y lo que es mas, se ha observado que á S. M. en palacio jamás le han oido hablar del conde en plática ninguna con alguno de los de la cámara ni con la reina nuestra señora. No debe de estar hoy en la altura que algunos de sus aficionados publicaban, de donde se ocasionó sin duda el decir tenía todavía mano en el gobierno; ¡ Dios le dé lo que mas le importa para su salvacion!

» El día de la fiesta del Santísimo Sacramento que se hace en palacio y anda la procesion por los corredores, un clérigo se hincó de rodillas delante del Santísimo, y á voces dió gracias á Dios por la resolucion que había tomado S. M. en la salida del conde, y echó mil bendiciones á los reyes por esta accion. No fueron tan devotas las que, pasado el Sacramento, echó la señora condesa: cosa que causó sentimiento: grande fué el que Su Excelencia pudo tener de esta accion.

» No menos dicen sintió la respuesta de un contralor de S. M. que, habiendo sido criado suyo, y dádole este y otros oficios en palacio, diciéndole fuere á hacer el hospedaje al señor conde en este viaje, por ser persona inteligente, respondió que él estaba ocupado en servicio de S. M.: que le perdonase que no podía ir á servir á S. E.

» Acompaña á S. E. el padre Juan Martinez de Ripalda, como confesor suyo, y se queda en su provincia de asiento para poder mejor acudir al servicio de S. E. El señor fiscal del Consejo real estuvo aquí anteayer, y nos dijo tenía órden de poner la acusacion contra el memorial, que habían salido en nombre del señor conde-duque, y personas que lo había hecho y intervenido en él. Créese que este negocio se toma con mas veras de lo que pensaron los que lo hicieron y intervinieron, y que les ha de salir muy cara esta defensa... »

« El fiscal del Consejo real dió la acusacion el otro día en el Consejo contra el papel, que salió en defensa del señor conde-duque. Tiene un pliego: hámele ofrecido; pero díjensele tantos que, por ser deudo mio, me debe dejar para los últimos como á persona con quien no es tan preciso el cumplir; irá sin falta. Por la Inquisicion se ha mandado recoger dicha defensa con edictos públicos que han leído aquí en casi todas las iglesias.

» Su Excelencia el señor conde-duque partió de Loeches para Toro, dícese por cierto le aderezan casa en Leon; irá de un signo á otro. Si le ha de ser favorable la mudanza, menos será el sentimiento; mas, siendo la distancia mayor, no creo lo ha de tener por tal... »

« Juéves 10 de junio llegó á Toro el sargento mayor don Mateo de Alvear con aviso de que el conde-duque había elegido aquella ciudad para pasar en ella este verano, por la templanza y amenidad del sitio; y como cosa tan lejos de imaginarse, causó la admiracion que se deja considerar. Tratóse luego de inquirir la causa, y como faltaban noticias que pudiesen servir de fundamento, eran vanos los discursos. En el modo del viaje, casa y acompañamiento que traía, se hablaba con incertidumbre y variedad, hasta que aseguró al aposentador que venían con él pocos criados, y de los conocidos solos don Francisco Montes de Oca y don José de Insausti y Simon Rodriguez.

» Viénes 11 se supo que entraría al día siguiente por la mañana. Salióle á recibir la ciudad por su corregidor y cuatro comisarios, y á todos dió los mejores lugares en su coche, quedándose en el estribo izquierdo. Así entró por la plaza y calles mas principales, y en una de ellas encontró á don Luis de Ulloa, caballero natural de allí, que, despues de haber servido bien á Su Majestad, pasa desacomodado; y como si le hiciera sangre el parentesco de adversidad, paró el coche y le mandó entrarse con él en aquel estribo; y aunque lo excusó, hizo que le obedeciese, diciendo que, si bien estaba muy gordo, no sería mal vecino, y despues de haberle tratado con particulares demostraciones de humanidad, hablando de su retiro le dijo:

» — En fin, es necesario buscar los hombres para hallar hombres; que los que se van á ofrecer, ó no lo son, ó son los mas ruines.

» Palabras en que mostró que comenzaba á entrarle la luz comun, y se iban desatando las vendas que impiden la vista en la prosperidad.

» Llegó á las casas del marqués de Alcañices, dispuestas para su habitacion, y despues de haber estado recibiendo visitas muy apacible, se retiró. A la tarde fué á visitar á la marquesa de Alcañices, y al salir dijo:

» — Vamos á darle la obediencia á nuestro corregidor; y por no hallarle en casa, dejó advertido que le dijese había ido á besarle las manos; y despues de haber andado por el campo, paró en las vistas que llaman el Espolon.

» Allí llegó el corregidor, y le hizo entrar en el coche, tomando el tercero lugar sin querer otro. En una calle, despues de haber pasado, se oyó la voz de un niño que decía:

» — ¡ Victor al conde de Olivares!

» Repitiendo el padre Juan Martinez de Ripalda aquellas palabras del salmo octavo *Ex ore infantium, etc.*, respondió:

» — No, sino que esto es mas estimado cuanto menos merecido.

» Poco mas adelante salió una vieja de la puerta de su casa, y le dijo:

» — Sea V. E. muy bien venido á esta tierra.

» Y lo recibió gustoso, dando á entender que hacia caso de estas cortas señas de piedad, en que introduce la fortuna consuelo á los que vuelven las espaldas, trocando en amor el odio inseparable de los grandes puestos.

» El domingo por la mañana salió á la plaza, y volvió temprano á recibir los que fueron á verle con extremo agrado y cortesía, usando los términos de particular, como si no hubiera pasado por veinte y dos años en que pudiera tenerlos tan olvidados. Por la tarde estuvo en la Pelota, concertando los partidos y procediendo como caballero de ciudad, en la forma que si se hubiera criado y vivido siempre en ella; llevó en su coche los que cupieron, agasajándolos y ajustando el tratamiento de todos, como si conociera la condicion y calidad de cada uno.

» El lunes se halló en un ayuntamiento ordinario, y tuvo en él el lugar que le toca, sin admitir el del marqués de Magalon, que le prefiere, aunque se le ofreció su teniente en nombre del dueño con muchas instancias; respondió al bienvenido y trató de los negocios como si fuera vecino, y en todas las ocasiones que pudieran causar perturbacion, con el recuerdo de la diferencia. Es tal su tranquilidad y constancia en las acciones, en las palabras, en el semblante y en el modo, imposible de fingirse, que ni los que saben distinguir esto lo tienen por artificioso, aunque les admira como milagro; y de todo se va fabricando un concepto con que se truecan los corazones, de manera que no puede creerse ni decirse, y se conoce en este gran ejemplo la breve facilidad con que los accidentes mudan los ánimos humanos, y que no hay subsistencia en nada.

» Este día llegó un criado de su caballeriza á comprar unas guindas en la plaza, y sacando un real de moneda nueva de los que no tienen cara, para pagarlas, dijo la mujer de la fruta que no conocía aquel dinero, sobre que levantaron la voz, á que se llegó mucha gente, diciendo que aquella era muy buena moneda, y cuando no lo fuera ni pasara, bastaba que la trujese criado del conde-duque para que se le diese cuanto quisiese, haciéndolo á muy buena dicha. Todas las fruterías se levantaron á pagar por él á porfía, tirando de la capa al mozo para que fuese á sus tiendas sin dinero, y arrojándole las guindas á cestas, quedaba mas gustosa la que de mas cerca se las ofrecía; y como los sucesos menudos explican á veces las cosas grandes, representando lo que no pueden ni bastan las palabras, ha parecido referir esta circunstancia, que envuelve mas de lo que descubrieran muchos encarecimientos.»

« Que el conde-duque está en la ciudad de Toro, olvidado ya y sin esperanzas de revivir. Que S. M. no hizo con él ni con la condesa las demostraciones que decía de amistad en su partida, ni le dió hábitos ni otras mercedes, ni carruaje ni escolta; porque como rey, mandó por decreto, en virtud del cual obraron los ministros como pudieran en cualquier otro señor. Sus criados todos padecen fortuna; unos presos y otros ahuyentados, y todos mal vistos; sus confidentes y hechuras están ó deshechos del todo, ó en la mayor parte deslucidos, temiendo por ahora su última desolacion.

» El correo pasado envié la acusacion del fiscal contra el Nicandro, que ha sido la piedra de escándalo para el conde. Dicen que está muy contento en Toro, y que visita á los caballeros y hidalgos: acude algunas veces al ayuntamiento, como regidor que es de todas las ciudades por merced de S. M.: sale á ver la fruta, y elige para sí la que mas le contenta en la plaza; este es ahora su empleo... »

(Se continuará.)

Diez dias en Tiflis.

(Conclusion. — Véase el N.º 819.)

La poblacion de los tártaros es singularísima. Desde las márgenes del mar Caspio se la encuentra hasta las

extremidades orientales del Asia, y en esa inmensa extension de territorio se la ve pasar por todos los grados de la civilizacion. Sufriendo todas las necesidades y presándose á todas las metamorfosis, no cesa, sin embargo, un solo instante de ofrecer una fisonomía, un carácter, una individualidad que impiden á los etnógrafos confundirla con las poblaciones contiguas. Los tártaros de las cercanías de Tiflis prefieren al parecer la vida campestre: cultivan la tierra y crían ganado, y tanto sus cosechas como sus ganados son un gran recurso para la ciudad que se vería escasa de provisiones si los tártaros se ausentasen de repente como han hecho en ciertos cantones para ir á ocupar las tierras que la Turquía ha puesto á su disposicion despues de la derrota de Schamyl.

Preguntádselo si no á ese honrado industrial cuya pintoresca *duarnia* (tahona) da á la calle, y os responderá que casi todo el trigo, la manteca y los huevos que consume, los compra á los tártaros, que cuenta casi exclusivamente con ellos para que haya abundancia y baratura en el mercado. Su vecino el figonero añadirá otros artículos de primera necesidad á la nomenclatura ya citada; y de esto deducirá el viajero que visita el mercado que los tártaros rurales son una Providencia para las diversas razas que hay en Tiflis.

Para que una horda entera de estos tártaros tan aficionados á la vida nómada se decida á emigrar, basta que haya sufrido ó tema el menor vejámen religioso.

En ninguna parte hay tantas creencias mezcladas como en esas grandes ciudades caucasicas. El tártaro es musulman como el georgiano, el minarete de la mezquita se levanta al lado de la iglesia, y se puede oír el canto monótono del muezzin recordando á los fieles que es la hora de invocar á Allah, mientras se atraviesa el umbral de alguna curiosa cenobia armenia. A nosotros nos llamó particularmente la atencion la mezquita tártara cuyo aspecto exterior reproducimos.

Seguramente, no se podría encontrar aquí el lujo arquitectónico de las grandes mezquitas de Constantinopla, del Cairo y ni aun de Argel; pero tal como es, con su alta galería calada, esta mezquita de los tártaros tiene su carácter, y agrada en una ciudad como Tiflis. El minarete es precioso con su gran mirador cubierto con una techumbre que corona la media-luna.

Tratándose de las demás creencias, no se debe salir de Tiflis sin haber hecho cuando menos una visita á la iglesia Mchetz y al monasterio San David. A juzgar por el aspecto exterior, el primero de estos edificios mas parece una fortaleza que una casa de oracion. Sus sólidos cimientos descansan en una cresta al borde de un barranco escarpado; sus ventanas parecen troneras y hay que penetrar en el interior para encontrar lo que constituye un santuario cristiano. Por lo que hace al convento, su escalera es célebre en Tiflis y su campana es la que llama mas fieles á todas las grandes solemnidades.

No hay ceremonias mas bellas ni ostentosas que las de San David para las poblaciones cristianas del Cáucaso.

Acude á ellas gente de muy lejos; todo el mundo se aglomera en torno de los venerados santuarios, y cada año el monasterio se enriquece con los piadosos donativos de la muchedumbre.

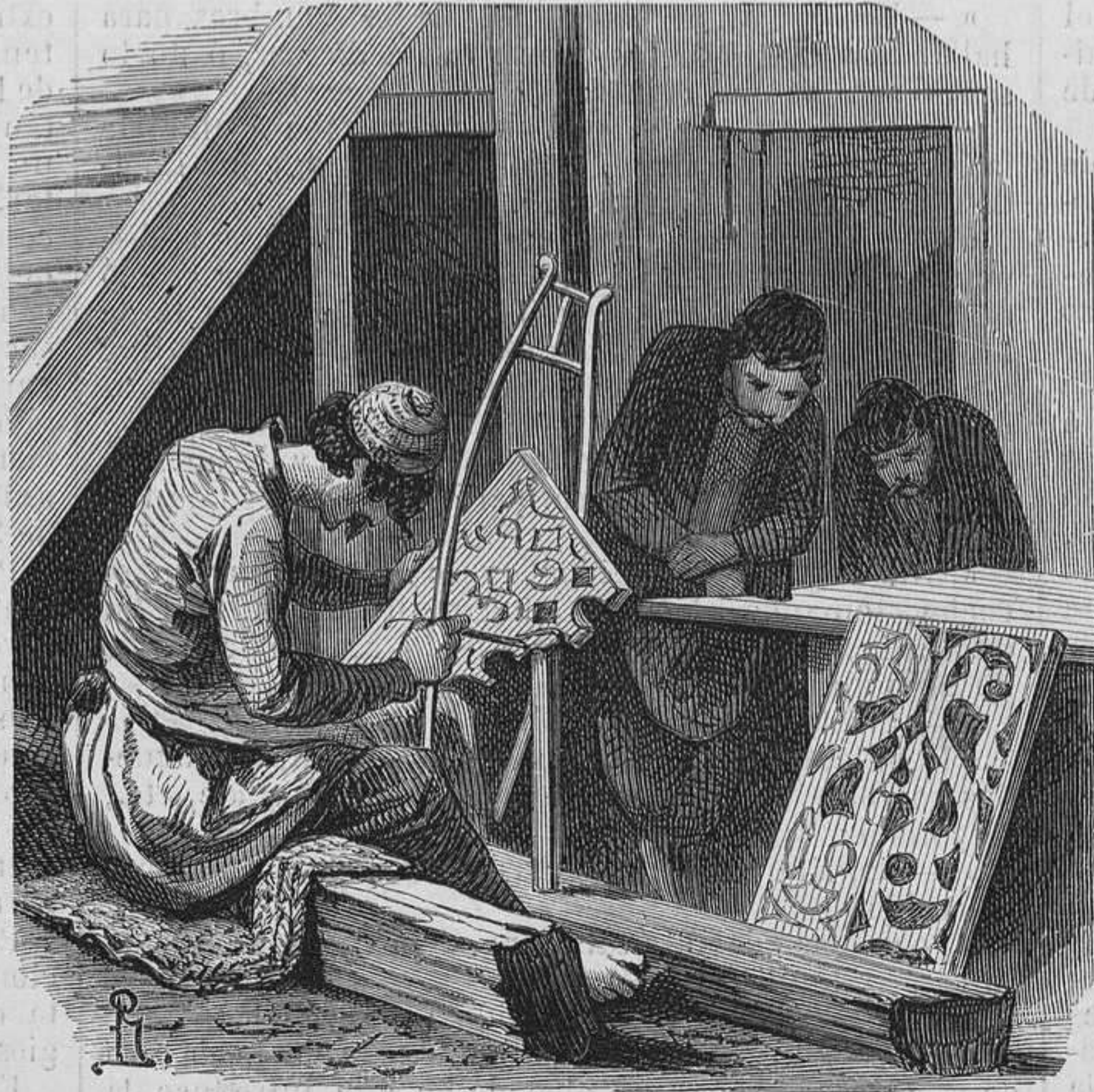
Aun para aquellos que están familiarizados con todas las curiosidades del cristianismo oriental, son dignos de interés estos dos establecimientos. El que se ha educado con las costumbres de Occidente, extraña esos vocablos tomados del antiguo Testamento, y se pregunta uno cómo una metrópoli puede estar consagrada á san Isaac, un convento á san David, ó á otro ilustre y santo personaje que jamás ha pasado por las formas regulares de la canonizacion. Empero esta sorpresa no existe en Oriente, ni entre los ortodoxos, ni entre las demás poblaciones cristianas del antiguo mundo griego, pues se ha operado allí una fusion completa del antiguo y el nuevo Testamento, y los cantos que mas se veneran no siempre son aquellos que han conquistado recientemente un puesto en la leyenda dorada oriental. Nadie que haya frecuentado un poco las poblaciones griegas, moscovitas, armenias y siriacas, pondrá en tela de juicio la verdad de este aserto. Y no cito mas que estas, porque se las encuentra á todas mas ó menos aglomeradas y confundidas dentro de Tiflis, aunque se haya observado el mismo hecho entre las poblaciones coftas, en las márgenes del Nilo, y hasta en los abisinios, entre los cuales se distinguen aun las huellas del primitivo cristianismo.

No obstante el atractivo que pueden ofrecer tales estudios para aquellos que por las vicisitudes de la vida ó la afición á los viajes se hallan lejos de la tierra natal, yo confieso que no ocuparon mi mente sino de paso en los diez dias que pude consagrar á Tiflis. Lo que mas cautivaba mi atencion, eran los aspectos tan diversos de aquellas razas humanas que veía. Por esta razon iba diariamente al mercado de Medam y me paseaba por las márgenes del Koura donde había acampada entonces una caravana asiática que, con sus camellos bien cargados, era un gran objeto de curiosidad y de codicia para los habitantes de Tiflis sobre todo para los industriales locales que contaban con tal motivo desocupar un poco sus almacenes.

Tenia yo entre mis relaciones un comerciante armenio establecido hacia largo tiempo en la ciudad, y que se prestaba gustoso á satisfacer todas mis curiosidades. Paréceme estarle viendo con su noble y hermoso semblante, medio velado por su larga barba y cubierta su cabeza con un lujoso gorro de astrakan. Consideraba



Un figonero.



TIFLIS. — Obreros recortando madera.

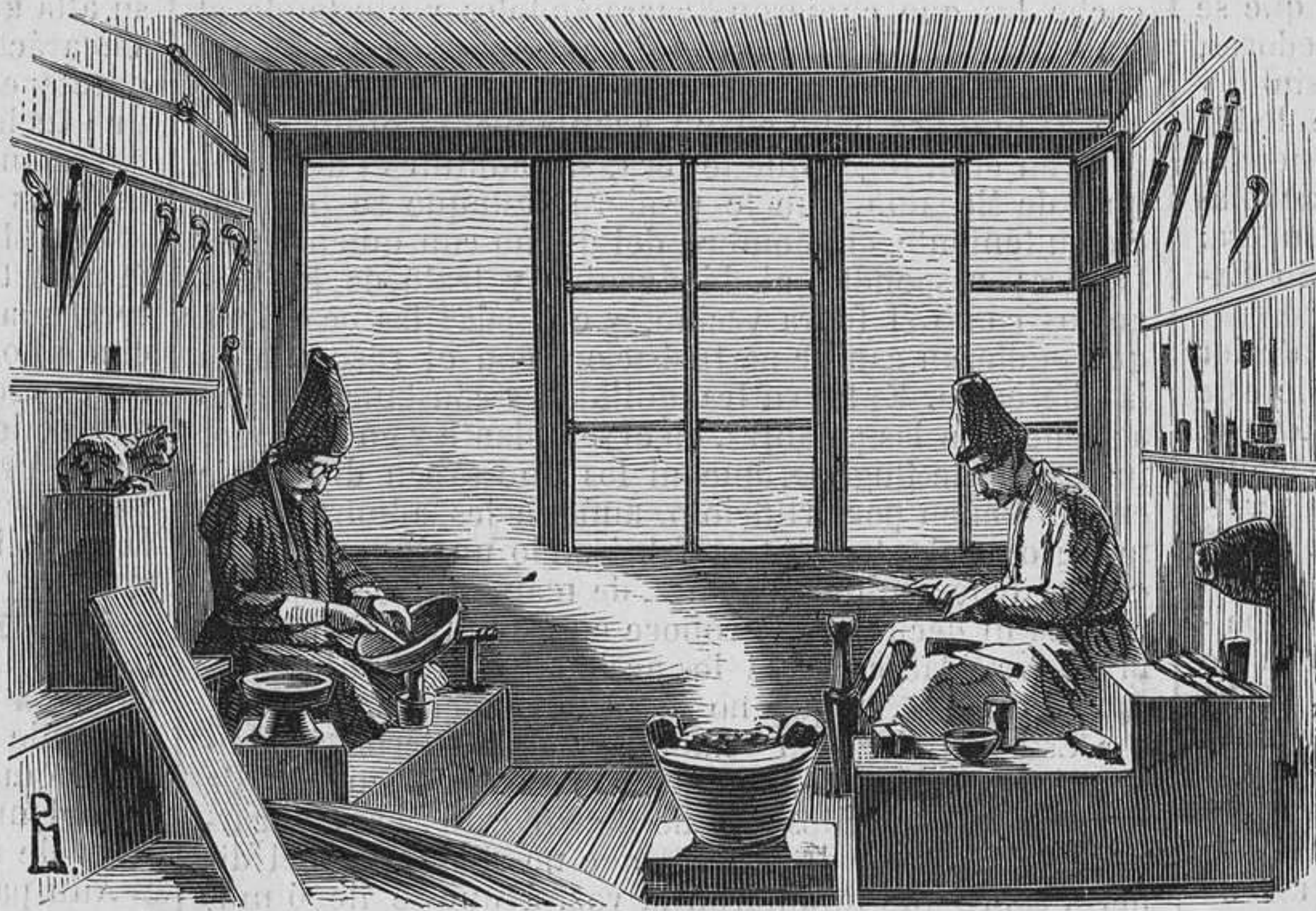
notables, y que por su inteligencia y habilidad habrían podido figurar en los grandes centros industriales de Occidente. Recuerdo entre otros á un armenio que estaba á la cabeza de la industria de los tejidos de lana, que conocia á fondo todas las materias hilables,



Jefe de gremio armenio.

este armenio el comercio como la mas noble de las profesiones, y el modo con que él le practicaba tenia en efecto algo de elevado y aun de grandioso que solia convertirme á sus ideas. Todos los dias íbamos juntos á visitar la caravana compuesta de mercaderes procedentes de la grande y la pequeña Bukharia y de las fronteras setentrionales de la Persia contiguas á los grandes desiertos.

Pero antes de estas visitas hacíamos una parada en algun gremio, y entre los jefes de estos gremios, correspondientes á todos los oficios, habia algunos que verdaderamente eran hombres



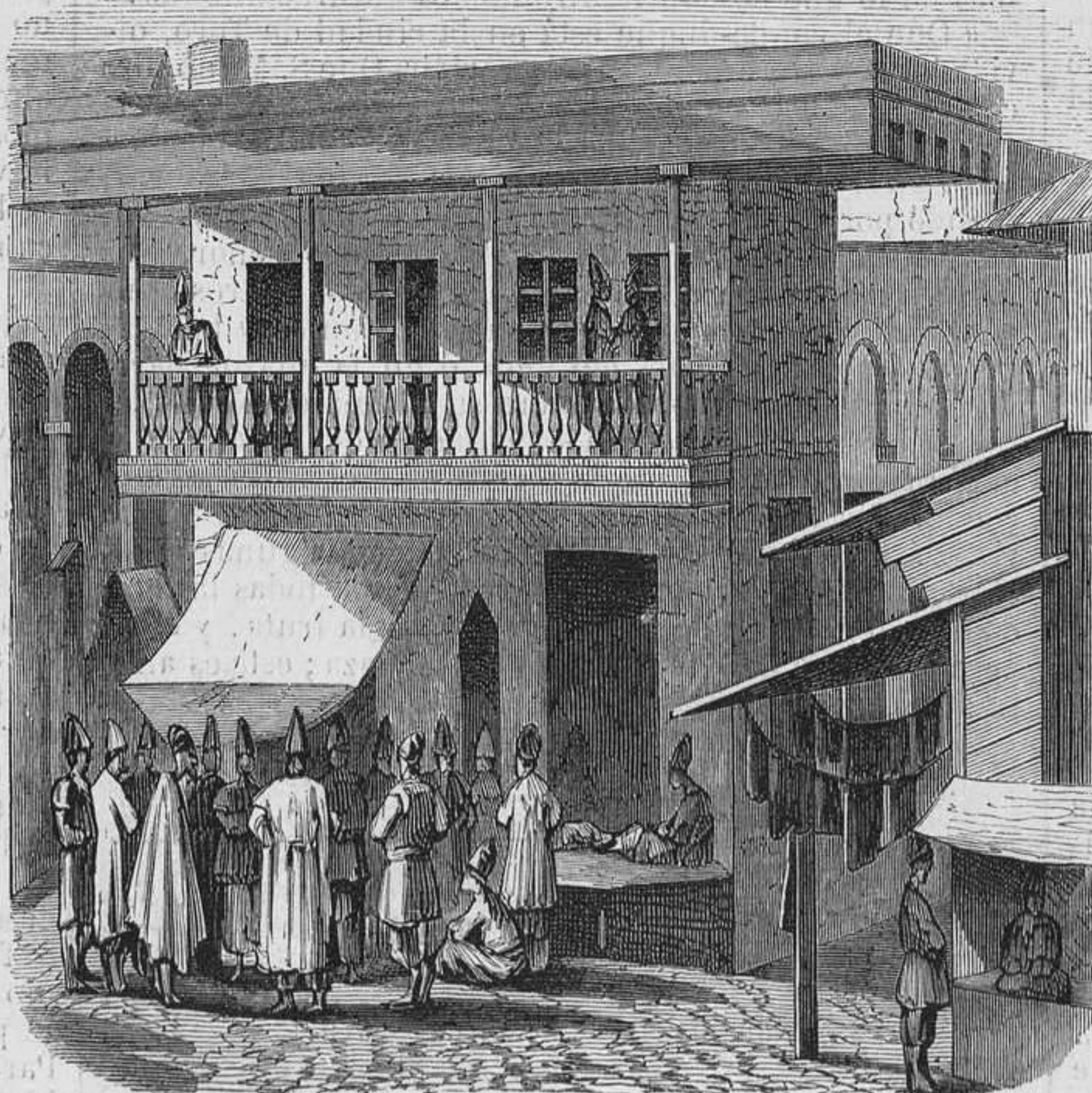
Tienda de armero.

un obrero recortador de madera para el ornato de las construcciones ó en la tienda de un armero. Por lo que hemos visto en la última Exposicion universal, sabemos hoy que en la Mingrelia se trabaja la madera destinada á las habitaciones, absolutamente como los juguetes de Nuremberg, y las armas blancas del Cáucaso han adquirido una fama que apenas es inferior á la que tienen las de Damasco. Finalmente, el dia que cerró todos sus tratos con los traficantes de la caravana, el armenio les dió una fiesta donde se lucieron los músicos ambulantes. Podria describirla; pero por hoy, *sat prata biberunt.* J. B.

sus recursos, sus inconvenientes y ventajas, y hablaba de la materia con una competencia suma: no parecia en verdad, un obrero del Cáucaso, y con lo que él decia, un obrero de Manchester habria hecho una fortuna colosal. Otras veces nos deteniamos en casa de



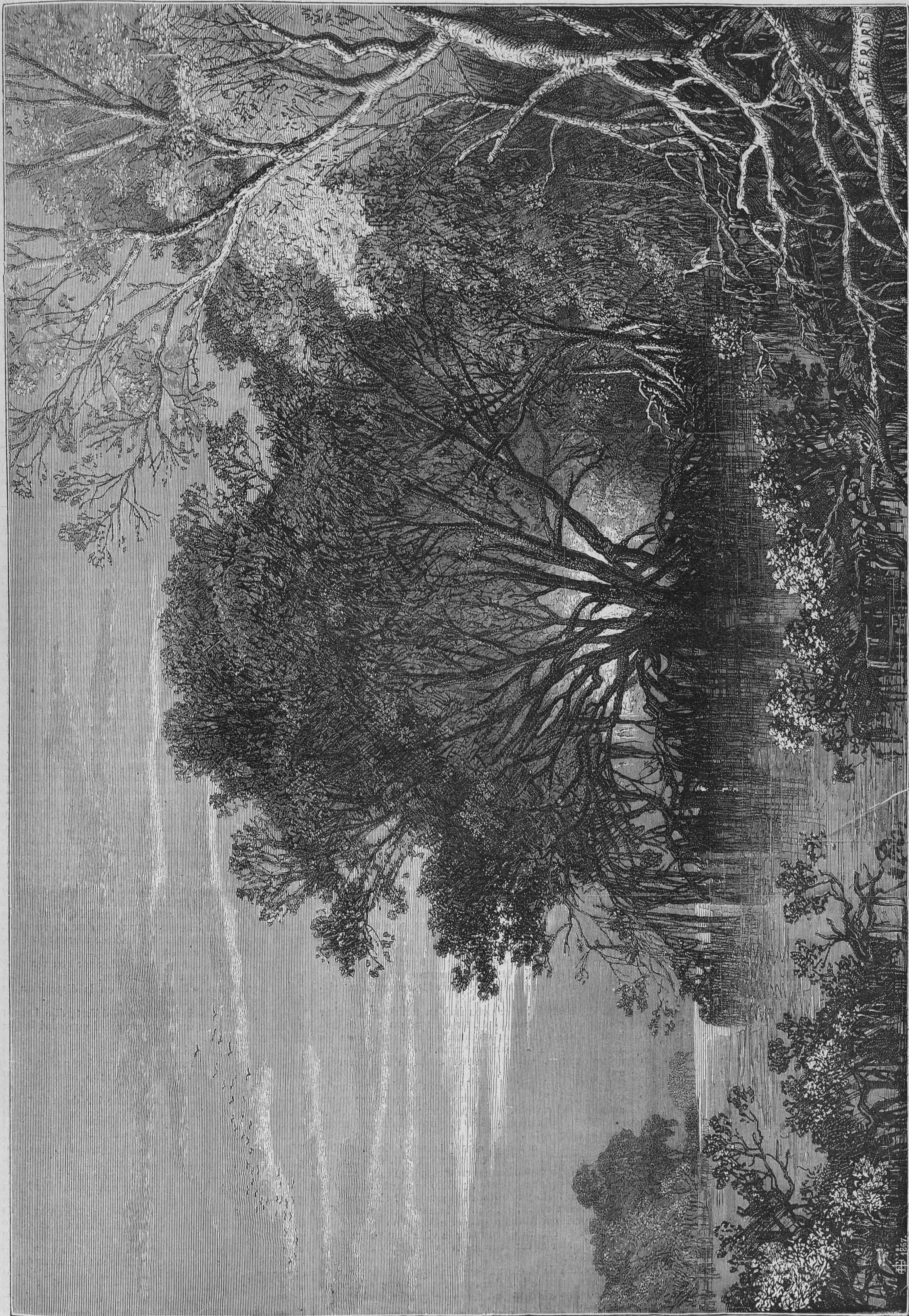
Musico ambulante.



Una vista del mercado Maidane.



Un moucha (mandadero).



Los Paletuvios de las Antillas.

El Paletuvio de las Antillas.

La Flora de las regiones intertropicales es lo que seduce desde luego al viajero artista que llega á esas comarcas por primera vez. No se sabe, en efecto, qué admirar más, si la ostentosa riqueza de los colores, ó la variedad de las hojas, ó la singularidad de las formas que afectan los bosques y los ramajes, ora flexibles como enredaderas, ora robustos y rígidos como los mayores árboles de nuestras selvas.

Entre los árboles que llaman más vivamente la atención, debe contarse en primera línea el paletuvio que crece en las orillas del mar, en todas aquellas partes donde no se siente demasiado el influjo de los vientos regulares del Este. Dotado de una fuerza de vegetación extraordinaria, forma grandes selvas que se extienden á lo lejos en el mar, y esa verdura glauca da un aspecto muy particular á varias costas de las Antillas. Por ejemplo, en la Guadalupe el canal interior que separa la tierra Grande de la tierra Baja, está completamente guarnecido de paletuvios, que hacen muy pintorescos todos esos sitios. También los hay en Santo Domingo, en Cuba y en Puerto Rico. La embarcación que busca un punto de abordaje en medio de una vegetación tan espléndida, debe pasar por encima de raíces que á veces suben á más de un metro sobre el agua, se encorvan graciosamente y dan nacimiento á innumerables vástagos. Con frecuencia se recurre á la hacha para abrir paso por entre los ramajes que se cruzan en todos sentidos. Nada más agradable á la vista que esas verdes costas; pero no hay que abandonarse demasiado á esas seducciones, pues muchos europeos han tenido que arrepentirse de no haber escuchado la voz prudente que nos habla sin cesar de las apariencias engañosas. Bajo esos enredados paletuvios caen y se descomponen cada día residuos vegetales que no tardan en formar ese denso y fétido cieno de donde nacen plagas como la fiebre amarilla.

En esa vegetación á la par marina y terrestre, hay verdaderos nidos donde las ostras y otros suculentos crustáceos se encuentran muy á gusto. Los pescadores cortan con sus machetes las ramas cargadas de conchas, y así las llevan al mercado.

Todo artista admira el paletuvio, y así se comprende que la reproducción de esa singular vegetación haya seducido á M. E. de Berard, cuyo elegante lápiz se complace en trazar esa clase de cuadros de las regiones intertropicales. El grabado de este dibujo de M. E. de Berard ha sido ejecutado por las señoritas Schiff, Le-maire y Louis, tres alumnas de M. Trichon en la *Escuela profesional de niñas*, uno de esos excelentes establecimientos modernos que crea por todas partes la iniciativa privada bajo el impulso de generosos sentimientos. Mejorar la suerte de las mujeres que trabajan y deben vivir del trabajo de sus manos, es seguramente un buen pensamiento. El mejor modo de favorecer esta mejora es abrir nuevas vías á la laboriosa actividad de la mujer, y así se hace en esas escuelas profesionales cuando preparan á las jóvenes para los empleos del comercio y de la industria. En esta época de renovación de todas las condiciones del trabajo, nada mejor podía intentarse que el aplicar los delicados dedos de la mujer al grabado en madera. M. Trichon tiene abiertas dos salas de enseñanza, y de esos nuevos talleres ha salido el grabado que publicamos con estas líneas. G. B.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

— Sea dicho entre nosotros, repuso Antonio, no haremos jamás cosa alguna que agrade á las señoras; pero es menester procurar que se gaste poco y que no presente un aspecto enteramente desagradable.

Al día siguiente, los martillos y pinceles se pusieron en movimiento. El carpintero con sus oficiales, estableció un taller en el cuarto bajo; en el cuarto principal, la gran brocha del embadurnador pasaba sin descanso por las paredes en todas direcciones; los peones de albañil vestidos de blanco, con grandes delantales, subían y bajaban con la cal y la paleta.

Cárlos parecía que tenía diez brazos; todos sus ratos desocupados los empleaba en pintar las maderas y las paredes con toda clase de colores, corría por todas partes, media, clavaba clavos, ponía varillas para las cortinas y momentos después se le veía en los campos ó en la cuadra. En todas partes entonaba sus canciones militares y excitaba á los operarios al trabajo.

Cuanto más adelantaba el arreglo de las habitaciones interiores, más interés tomaba por su embellecimiento. Había comprado una prodigiosa cantidad de color al óleo, que según él era excelente, y había llegado á conseguir pintar con cierto arte.

Finalmente se aventuró á dar á multitud de objetos que le pareció que debían estar pintados, un aspecto

de magnífica madera con vetas; con ayuda de las barras de una pluma y de un pincel fino, consiguió producir algún efecto. Transportó su pincel y su afán de embellecimiento hasta el corral de la granja, y tanto importunó á Antonio, que este le permitió enlucir las paredes de la porquera.

— En este tiempo, todo se seca como en el estío, dijo Cárlos; mi único pesar es que no puedo embadurnar los techos de paja.

Pero no se le pudo impedir que pintara de azul los dos carros destinados al transporte de las patatas, la vieja cuba para el caso de un incendio y las mejores carretas.

— Es necesario, decía, que haya en el corral alguna cosa que agrade á la vista y esto tendrá imitadores muy pronto, porque los polacos son muy aficionados á los colores.

El arreglo del castillo se había verificado todo lo mejor posible en muy poco espacio de tiempo. En una fría mañana de diciembre se recibió el aviso de la llegada del baron y su familia. El cielo había colmado los deseos de Cárlos revistiendo á la tierra con una espesa capa blanca, ocultando así á la vista de los nuevos señores muchas cosas desagradables.

La nieve cubría la pradera y el arenal, las copas de los pinos ostentaban blancas coronas y las ramas de los árboles desnudos de hoja estaban cubiertas de cristalino hielo. Los miserables techos de paja estaban blanqueados; en el derruido pretil del puente el color desprendido de las nubes se extendía como helada espuma.

En el castillo los vuelos de la pared, las almenas de la torre, el remate de la fachada se engalanaban con una hermosa cofia blanca como para una fiesta, lo que contrastaba notablemente con el rojo oscuro de las paredes. Para las gentes del castillo fué este un día de actividad y de esperanza. Descargaron los carruajes y desembalaron los muebles y utensilios que venían en ellos, colocándolo todo lo más pronto y lo mejor posible.

La doncella de labor y la cortijera confeccionaron grandes guirnalda de hojas y adornaron con ellas el vestíbulo y las puertas de los aposentos. Al ponerse el sol, el color plateado esparcido por el campo se trasformó sucesivamente en un brillo dorado y un rojo mate. Este color palideció á su vez para ceder su puesto á la luna, que al aparecer envolvió la llanura y el bosque en un fantástico resplandor azulado.

En el castillo se encendieron algunas lámparas solares y colocaron en las habitaciones cuantas luces fué posible; en todas las estufas y chimeneas había fuego, y en los aposentos agradablemente temperados, se percibía el fuerte olor de las resinosas ramas del bosque. Después de algunos ensayos desgraciados, Antonio había dado al fin, para las paredes, con el color amarillo, al que su corazón era tan inclinado.

Las cortinas de color habían desaparecido, y los numerosos aposentos, abiertos y bien alumbrados, tenían hoy un aspecto tan agradable para habitarlos, que Antonio estaba admirado al ver que el trabajo de algunas semanas había causado un cambio tan notable. Cárlos había colocado antorchas á los dos lados del castillo, cuyo chispeante resplandor reflejaba vivamente sobre la nieve y daba á lo lejos un color rojo agradable á los muros.

Todos los dignatarios del castillo estaban reunidos en el vestíbulo. El guardabosque con uniforme verde, ostentando en el pecho sus condecoraciones por años de servicio y llevando pendiente á su costado un cuchillo de monte, estaba colocado al lado del granjero y del pastor.

La doncella y la granjera, que se habían puesto las gorras adornadas con sus mejores lazos y cintas, iban y venían inquietas adonde estaban los hombres. Cárlos también se había puesto el uniforme. Entre tanto, Antonio recorría todavía una vez las habitaciones, esperando los chasquidos del látigo que desde lejos debían anunciarle la llegada del baron. Su corazón latía con violencia, porque para él también debía lucir una nueva existencia.

Si hasta aquí los colonos habían tenido que luchar contra muchas privaciones, su compañero y él se habían considerado como los dueños de la casa, y en los apuros de cada día, habían triunfado de los disgustos del momento. Cárlos iba en adelante á habitar la granja.

En cuanto á Antonio, debía, conformándose con la voluntad y los deseos de la baronesa, permanecer en un aposento del castillo. Esto le pondría en frecuentes relaciones con la familia, y él se preguntaba de qué naturaleza serían estas.

El baron le era casi completamente desconocido; Antonio le había visto pocos momentos. M. de Rothsattel estaba soportando los más crueles sufrimientos cuando le firmó sus plenos poderes. ¿Cómo se acostumbraría el baron á su trato y admitiría sus servicios? Este desgraciado estaba ciego, sí, completamente ciego. Leonor había escrito á Antonio que el médico no conservaba ninguna esperanza de restituir la vista á su padre. Para no desesperar al baron se le había ocultado esta terrible noticia.

En medio de la eterna oscuridad que le rodeaba, este abrigaba siempre la dulce esperanza de que el tiempo y una mano hábil harían caer el negro é impenetrable velo que cubría su vista.

Antonio no ocultó la verdad á su confidente; hasta se vió obligado á decir á todos los que dependían del dominio que el baron sufría en aquel momento una enfermedad en la vista, por lo que debía llevar una venda, y al decirles esto leyó en la fisonomía de todos que comprendían bien cuán sensible era para los habitantes del castillo la falta de vista de su dueño.

El agitado corazón de Antonio latía con mayor violencia al pensar en Leonor, á cuyo lado iba á vivir. ¿Cómo se conducirían con él, ella y su madre?

Resolvió abogar cuidadosamente en su interior lo que consideraba en este momento como vanas pretensiones; quería desde el primer momento colocarse respecto á la baronesa y su hija en una posición en que no pudiera herir su amor propio.

Y sin embargo, se preguntaba si sería tratado como una persona de confianza y si le admitirían ellas en su sociedad como á igual suyo, ó bien le harían sentir su superioridad como al que se tiene á sueldo y depende de otro.

Se complacía en repetirse á sí mismo que esto era lo mejor que podía desear su propia delicadeza, y á pesar de esto se entregaba á seductores ensueños, pintándose con los más brillantes colores la felicidad de poder vivir en compañía de Leonor.

Al fin se oyeron por el camino de la aldea los látigos de los postillones. Los nuevos señores llegaron al castillo en dos carruajes. Las gentes de la granja, el posadero y algunos aldeanos estaban colocados al rededor de las antorchas.

El cortijero abrió respetuosamente la portezuela del coche, y cuando Leonor se apeó y el brillante reflejo de las antorchas iluminó su rostro, todas las mujeres se agruparon en derredor suyo, los hombres prorrumpieron en entusiastas aclamaciones y todos dirigieron miradas llenas de atención y afecto al interior del carruaje; pero ninguna voz amiga contestó á la solicitud que mostraban aquellas buenas gentes por dar la bienvenida y felicitar á su nuevo señor.

Bajaron del coche con el mayor cuidado al baron, el cual con la cabeza baja, apoyado en el brazo de su hija y de su criado, subió lentamente la escalera. Detrás de él iba la baronesa que pálida y fatigada fijó momentáneamente y silenciosamente su mirada en las gentes del castillo, saludando con una ligera inclinación de cabeza á Antonio que marchaba á la cabeza de la familia para acompañarla á los aposentos que les tenía preparados.

— Todo está muy bien, señor Wohlfart, dijo al fin la baronesa con un movimiento convulsivo de sus labios; y cuando Antonio se detuvo para recibir las primeras órdenes de la baronesa, esta le despidió con la mano pronunciando estas palabras:

— Os doy gracias.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, el baron permaneció silencioso y abatido en su nuevo aposento, prorumpiendo la baronesa en fuertes sollozos. Leonor, colocada en el alféizar de la ventana, miraba hacia fuera contemplando la blanca nieve y el negro límite del horizonte, corriendo gruesas lágrimas por sus mejillas. Antonio, con el corazón oprimido, fué á decir á las gentes del castillo que el baron y la baronesa, fatigados del viaje, no recibirían á nadie hasta el día siguiente.

Cárlos cuidó de la descarga de los carruajes, condujo al sótano á la anciana cocinera, que lloraba amargamente como sus señoras, y le enseñó la cocina. En toda la noche no se volvió á ver á ninguna persona de la familia. Bien pronto desapareció la luz de los aposentos, y no se veía más que las antorchas que ardían todavía delante de las puertas del sombrío edificio.

El aire hizo vacilar la rojiza llama y una nube de negro humo se elevó hasta la ventana tras de la cual el baron ocultaba la cabeza entre las manos. Tal fué la entrada de la familia de Rothsattel en su nueva propiedad.

— ¡Qué bien ha arreglado todo esto Wohlfart! dijo Leonor al día siguiente á su madre.

— Estas habitaciones altas son horribles, contestó la baronesa estremeciéndose y envolviéndose en su chal, y esta uniforme pintura amarilla hace menos agradable el aspecto de estos aposentos.

— Creo que es tiempo ya, dijo Leonor con voz ahogada, de rogarle que venga á vernos.

— Tu padre no se halla todavía en la disposición de ánimo conveniente para hablarle.

— No dejes solo á papá con Wohlfart, dijo Leonor cariñosamente á su madre. Sería cruel que papá le tratara con frialdad.

La baronesa suspiró.

— Tendremos que acostumbrarnos á guardar miramientos en nuestra casa á un extraño, lo cual es tan penoso á tu padre como á mí.

— ¿Cómo arreglarás la vida interior de la familia? preguntó en seguida Leonor. ¿Wohlfart se sentará sin duda á nuestra mesa?

— Eso no puede ser, dijo la baronesa con energía. Tú sabes bien cuán tristes son nuestras comidas, y tu padre no está todavía bastante tranquilo para poder soportar diariamente la presencia de un extraño.

— ¿Luego comerá en la cocina con los criados? preguntó Leonor con amargura.

— Se le servirá en su cuarto; le convidaremos todos los domingos á comer con nosotros, y cuando tu padre se haya habituado á su compañía, le invitaremos á que pase con nosotros alguna velada. Hacer otra cosa sería incómodo para todos, y es muy bueno reservarse desde el principio cierta libertad. El estado de tu padre nos servirá de excusa.

La baronesa tocó la campanilla. Antonio recibió recado para que se presentara. Cuando entró, Leonor fué

á su encuentro con los ojos humedecidos y le tendió la mano. Antonio también se sintió conmovido al observar en el rostro de la madre las huellas del dolor. La baronesa le rogó que se sentara, y en términos escogidos le agradeció su solicitud y abnegación. Le hizo explicar todas las disposiciones que había tomado en el castillo, le atestiguó su viva satisfacción y convinieron entre los dos algunos arreglos ulteriores. Ella le consultó como á un amigo, y le hizo significar á él mismo lo que deseaba de ella. Luego continuó.

— Mi marido desea hablaros, pero os suplico que tengais siempre presente que el baron está enfermo y sufre. Ha padecido mucho física y moralmente. En la actualidad no se pasa aun ningun día que no experimente atroces dolores, y lo que le atormenta sobre todo incesantemente, es su desgraciada situación, que le impide obrar por sí. Nosotros evitamos cuidadosamente promover en su presencia cuestiones que puedan sobreexcitarle, y no obstante no podemos impedir siempre que pase horas y hasta días de un humor sombrío y de un profundo decaimiento. Espero que también querreis ser indulgente con él, si á causa de la acritud producida por su situación llegara á trataros con dureza. Confío que el tiempo, que segun dicen, todo lo cura, llevará también la tranquilidad á su alma.

Antonio ofreció tener al baron los mayores miramientos.

— Mi marido, continuó la baronesa, deseará sin duda estar enterado de todo lo que está bajo la autoridad y decisión del propietario del dominio. Podeis concebir que en sus momentos de calma insista con cierta energía en que prevalezcan sus propias ideas. Entre tanto me asalta siempre el temor de toda impresión desagradable que pueda recibir de fuera, y por esto os suplico que si teneis algo importante que comunicarle me lo digais primero á mí, evitándoos de este modo muchos motivos de disgusto. Haré llevar mi bufete á uno de los cuartos mas inmediatos á vuestro aposento y pasaré en él cada mañana algunas horas. Leonor es el secretario privado de su padre, y de este modo será posible hacer menos desagradable vuestra posición en nuestra casa. Tened la bondad de aguardar aquí; voy á anunciar vuestra visita al baron.

Al decir estas palabras salió del aposento. Antonio bajó los ojos con aire meditabundo. Leonor corrió á su lado y le dijo con toda la amabilidad posible:

— Todo aquí es amarillo, Wohlfart. Los dos pertenecemos al partido amarillo y permaneceremos todavía aquí fielmente unidos. Sin embargo, caballero, sois muy poco galante, puesto que no nos queriais dejar venir.

— Vos sois la única causa de mi negativa, contestó Antonio señalando al mismo tiempo la llanura cubierta de nieve. Cuando recorria los campos, pensaba siempre cuán pesada seria para vos esta soledad. Por la noche, al atravesar los aposentos me ocurría la lentitud con que pasarían los días para vos. La cabeza de partido está á una distancia de mas de dos millas, y ni aun allí encontrariais gran cosa que os agradara. La reducida biblioteca á la que uno se puede abonar es de todo punto insuficiente para distraerse.

— Pintaré, dijo Leonor, coseré ó bordaré, señor Wohlfart. Sin duda que me costará algun trabajo acostumbrarme á ello, porque soy muy torpe para todas esas cosas. Yo no tengo mucha afición á los cuellos y á los encajes, pero mamá está muy acostumbrada á tener todo eso en orden y en gran cantidad. ¡Ah! ¡cuánto compadezco á mi pobre madre!

Antonio procuró consolar á Leonor.

— Era de absoluta necesidad que saliéramos de la capital, continuó. Allí hubiéramos sucumbido todos, permaneciendo por mas tiempo en medio de aquella sociedad. Nuestras tierras administradas por personas extrañas, por todas partes miradas frias y embarazosas, falsos amigos, palabras hipócritas y pesares que sublevan. Yo respiro mas libremente en esta soledad, y aun cuando tuviera que pasar frío y hambre, prefiero soportar todo eso antes que ver á madama Werner y á sus hijos encogerse de hombros. He aprendido á odiar á los hombres, exclamó con violencia. Cuando hayais visto á mi padre, bajaré y me enseñareis la casa, la granja y el pueblo. Voy á ver dónde está mi pobre poney y á ver qué trazas tienen las gentes de este país.

Habiendo vuelto la baronesa, condujo á Antonio al aposento de su marido. El baron se levantó de su asiento con embarazo y dificultad. Cuando Antonio vió su enflaquecido rostro, su postración y el negro vendaje que le cubria los ojos, sintió una profunda compasión. Protestó calorosamente de su buen deseo en servirle, y reclamó su indulgencia si durante las pasadas circunstancias no había obrado estrictamente como debía, refiriendo nuevamente el estado en que había encontrado la casa, y todo lo que se había practicado hasta aquel día.

El baron escuchó silencioso el relato de Antonio y no opuso mas que algunas breves observaciones. Pero cuando Antonio se puso á hablar de los demás intereses del baron, cuando indicó con los mayores miramientos, pero con la precisión de un hombre de negocios, las obligaciones de M. de Rothsattel y los insuficientes medios de cubrirlas, el noble señor cayó sobre su asiento como un acusado sujeto á un interrogatorio. Mientras hablaba, Antonio sentía cuán penoso era para él, un extraño, estar iniciado en los mas reservados negocios del baron y cuánto, á pesar de sus precauciones, faltaba á los miramientos que debía á su interlocutor. La baronesa, colocada detrás de la silla de su marido, observó con creciente inquietud los esfuerzos que hacia

para dominar su emoción. Al fin hizo vivamente señal con la mano á Antonio y este se vió obligado á interrumpir su discurso.

Cuando Antonio salió del aposento, el baron irritado en el fondo de su alma, estalló gritando:

— ¡Me habeis dado un tutor!

Estaba fuera de sí, y la baronesa pasó grandes apuros para tranquilizarle.

De este modo entró Antonio en la familia.

El también regresó entristecido á su cuarto, reconociendo desde el primer momento que difícilmente se establecerían buenas relaciones entre él y el baron. Habitado á hacerse cargo con prontitud de los negocios y á no perder inútilmente el tiempo, debía ahora, despues de interminables explicaciones, recibir por boca de aquellos señores una orden en frecuente oposición con los intereses que le estaban encomendados.

Su posición respecto á las señoras no le parecía en manera alguna mas despejada. La baronesa le había tratado con muchos miramientos, pero siempre como á un extraño. Temía en su interior que ella seria también para él una noble señora que concede toda la confianza que es conveniente á sus ojos y que sabe rechazar toda intimidad por medio de una glacial cortesanía. Ni aun la dulce voz de Leonor tuvo el poder suficiente para distraerle de sus reflexiones. Los dos atravesaron la granja con aire grave y reflexivo, como personas de negocios que no llevan otro objeto que tasar una propiedad.

Lo mismo que en los primeros días, Antonio llevó durante algunos meses una vida seria, uniforme y poco agradable. Trabajaba y comía solo en su habitación. El anciano criado le servía á la mesa. La comida no era para él mucho mas alegre cuando se veía invitado á sentarse en la mesa de la familia. La conversación era fría é insípida. El baron con su actitud sombría y glacial, no daba lugar á ningun género de animación. En otro tiempo, Antonio se había complacido en admirar el mueblaje de la familia, el adorno del salon y la elegante decoración de todas las piezas de la casa. En Polonia, los mismos muebles ornaban los salones de recepción; á fuerza de exquisito cuidado los pajaritos de la baronesa habían soportado el viaje á pesar del frío. Por todas partes se veían los mismos tapices, las mismas alfombras, las mismas flores. Hoy que veía todos los días aquellos pajarillos traídos de lejanas tierras le causaban molestia, y en las habitaciones al poco tiempo no había para él nada que le interesara mas que el pensamiento de haber presidido á la primera colocación de todos aquellos objetos.

Antonio había adquirido en la capital un profundo respeto por el buen tono y la elegancia, las buenas maneras, el fácil decir y la jovialidad en la conversación. Afligida y anonadada como estaba, la familia del baron no podía ofrecerle esa amable alegría que tanto había

encantado á Antonio en el salon de madama de Baldereck.

A los Rothsattel, encontrándose apartados del círculo en que estaban acostumbrados á vivir, les faltaban las relaciones y los lazos de sociedad, la excitación de las gentes que da elasticidad al entendimiento y ayuda á triunfar de las contrariedades y sinsabores de la vida. Tenía Antonio bastante modestia para comprender que él solo no podía dar animación al salon de la baronesa, pero todavía había otras muchas cosas que le ofendían. Cuando despues de una velada bastante desapacible volvía á su cuarto, deploraba con frecuencia que la familia no se ocupara en manera alguna en muchas cosas que le eran familiares.

Se apercibió de que los Rothsattel habían recibido una educación enteramente distinta de la suya, y bien pronto fué de parecer que sus conocimientos eran bastante limitados. Casi todo lo que había leído era desconocido para ellos; cuando se hablaba de los acontecimientos del día, objeto ordinario de la conversación, se admiraba al ver cuán poco iniciado estaba el baron en las cuestiones políticas.

El baron abordaba á su pesar las discusiones sobre historia, y cuando condenaba el sistema político de Inglaterra, decía con razón que hablaba bajo un punto de vista imparcial, porque este sistema le era enteramente desconocido. Una noche, Antonio reconoció, con gran disgusto, que las ideas de la familia sobre la isla de Ceylan estaban en contradicción con la posición que esta isla ocupa en realidad, y en que todos los viajeros y geógrafos están acordes.

La baronesa, que era muy aficionada á la lectura, sentía gran veneración por Chateaubriand, leía novelitas á la moda, é historietas escritas por señoras de alto rango.

Para Antonio la *Atala* no era mas que una obra mediana y las novelas le parecían insípidas. Reconoció al poco tiempo que los Rothsattel juzgaban todas las cosas del mundo con un criterio enteramente distinto del suyo, y que á no dudar lo veían todo por el prisma de las ideas y los intereses de la clase á que pertenecían. Todo lo que halagaba estas ideas y favorecía estos intereses era agradable á sus ojos, aun cuando estuviese en contradicción con los derechos del resto de la humanidad; lo que no estaba en consonancia con estas ideas de prerogativa era rechazado, ó á lo menos tácitamente reprobado. Había con frecuencia en sus opiniones alguna generosidad y nobleza y hasta algunas veces algun tinte de liberalismo, pero tenían siempre ante sus ojos una especie de visera de un invisible casco en cuya cimera lucía una corona de baron.

La vida de los mortales que no pertenecían á su rango, la contemplaban solo por estrechas aberturas, y cuando se presentaba á su vista alguna cosa que no podían cambiar á su gusto, bajaban la visera silenciosamente y se replegaban sobre sí mismos.

El baron obraba algunas veces respecto á este particular con bastante torpeza, pero la noble castellana, su esposa, sabía muy bien, por medio de un ligero y gracioso movimiento de mano, desentenderse de lo que la disgustaba.

La familia del baron habitaba en el distrito de la iglesia alemana de Neudorf, pero en ella no había ni coro, ni tribuna al lado del altar. Hubieran tenido que sentarse en la nave, entre los aldeanos, y esto no era conveniente en manera alguna. El baron hizo arreglar una capilla en el castillo y hacia ir allá algunas veces á un eclesiástico.

Antonio asistía raras veces á esta capilla. Le agradaba mas trasladarse á caballo á Neudorf y ocupar un sitio al lado del juez entre el ayuntamiento.

En su esfera de actividad, tuvo también frecuentemente serios disgustos. Un comisionista negociante en vinos penetró á pesar de los arenales y de los bosques de pinos, hasta el gabinete del baron. Era el tal un joven atrevido de gran facundia, y amigo apasionado de las carreras y de los *steeple-chases*. Llevando los bolsillos llenos de noticias y relaciones del *sport*, fascinó de tal manera al baron, que este le encargó una partida bastante fuerte de vino de Burdeos.

Antonio, que sabía que la caja estaba vacía, fué apresuradamente al encuentro de la baronesa y fué necesario sostener largos debates con aquella señora para reducir la demanda á proporciones mas modestas.

El baron estaba descontento de sus caballos de tronco. No eran ya demasiado jóvenes, y alazanes por añadidura. Esta última circunstancia hubiera podido ser indiferente al pobre baron, pero le preocupaba hacia ya algunos años, porque su familia había demostrado en todo tiempo una afición particular por cierta raza de caballos.

Segun una antigua tradición, uno de los antepasados de los Rothsattel se había distinguido mucho en una batalla montando un caballo rojo. Existía también cierta antigua canción, una de cuyas estrofas decía:

¿Quién cabalga avanzando en la pelea?
Es un valiente impávido infanzon.
¿De qué proviene ese rojizo tinte
Que tanto empaña el lustre de su arzon?
De su noble corcel, es pura sangre
Que en el marcial combate derramó.

El jinete á quien se hace referencia en esta antigua canción era uno de los progenitores de Rothsattel y por este motivo apreciaban sobre todos los demás los caba-

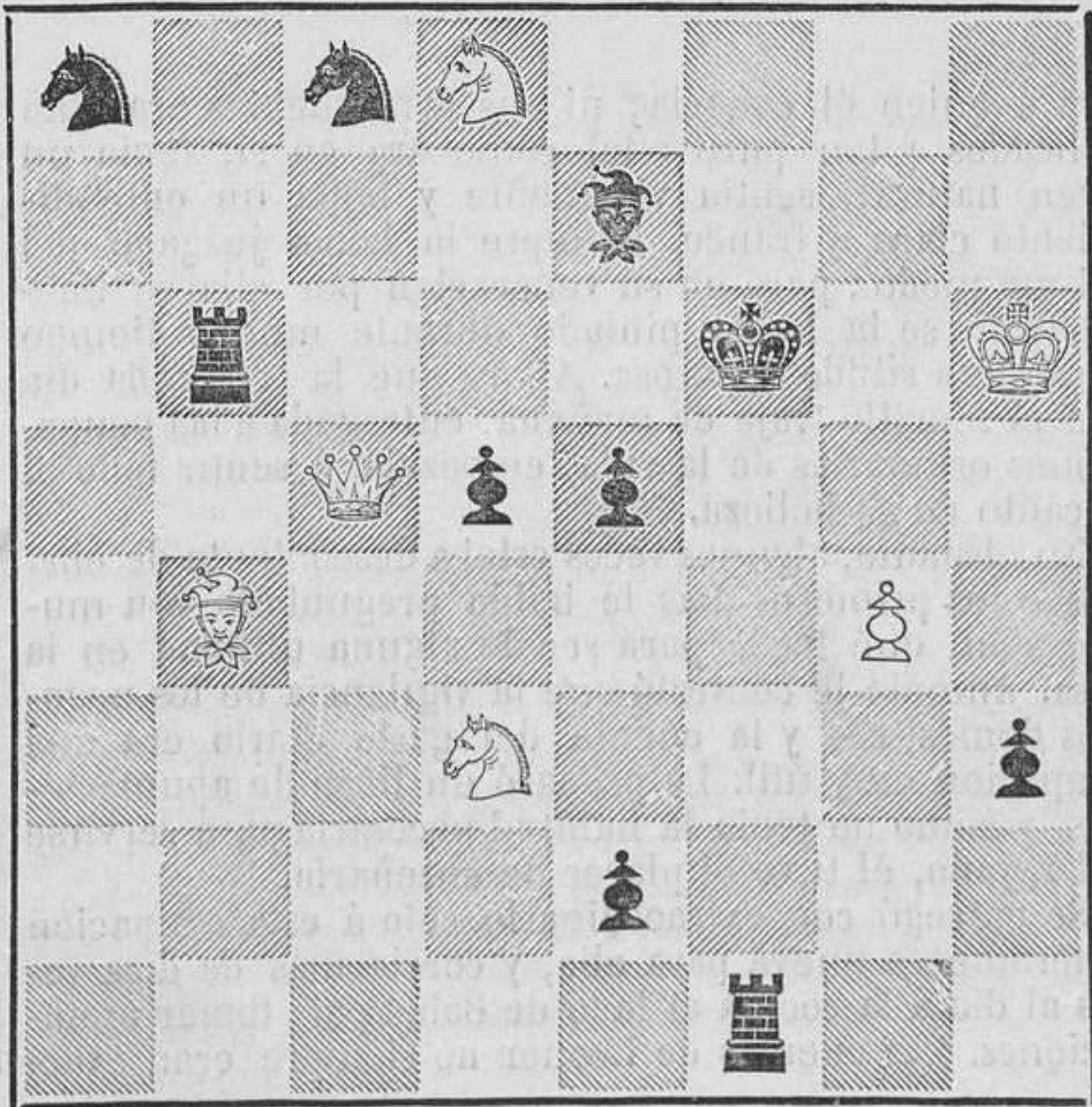
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 269.

- 1 C 8ª TRª P 5ª CR
- 2 A 7ª CR Juega
- 3 A 8ª AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 270, POR M. PAVITT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

los rojos; pero como hay muy pocos caballos buenos de este pelo, el baron no habia podido todavia hacer tan deseada adquisicion. Una feliz casualidad condujo allá un chalan de las cercanías con dos caballos rojos. El ciego baron se prendó de las bestias, y el placer experimentado por M. de Rothsattel impresionó mucho á su mujer y á su hija.

El baron hizo correr y caracolear varias veces aquellos caballos, escuchó el ruido de sus pasos, tentó con cuidado el pelo, consultó á Carlos y se aferró apasionadamente á la idea de comprarlos para causar una agradable sorpresa á su mujer. Poseido de espanto al saber que el baron intentaba este gasto tan inútil, Carlos corrió al encuentro de Antonio y le informó del peligro que amenazaba.

Antonio se trasladó nuevamente á la sala de despacho de la baronesa; pero esta vez la noble señora no acogió favorablemente la demanda. Convino con Antonio en que sus razones eran sensatas y atendibles, pero le suplicó con insistencia que no se opusiera en estas circunstancias á la voluntad del baron.

Al fin, los caballos se compraron, fueron conducidos reservadamente á la cuadra, y además de los dos alazanes y de todo el dinero de su arquilla, el baron prometió todavia al chalan que al hacer la próxima recoleccion le facilitaria doscientas fanegas de avena á un precio excesivamente bajo.

Esta condicion contraria á los intereses del dominio, de la cual Antonio y Carlos no tuvieron conocimiento sino mucho tiempo despues, naturalmente, les contrarió mucho.

El guardabosque tenia la desgracia de no gozar de gran favor con la noble familia. La animada descripcion que habia hecho Antonio de su primera entrevista con el hombre de los bosques, contribuyó no poco á desacreditar al guarda á los ojos del baron.

La baronesa estaba resentida del tono áspero del anciano, el cual en su soledad habia perdido la flexibilidad que tanto agrada á los señores encontrar en sus subordinados.

Una noche tomando el té en el salon, se agitó la cuestion de despedir al anciano servidor, para no tener la obligacion, conservándole mas tiempo en su destino, de señalarle mas adelante un jubilation. Debía ser reemplazado por un jóven, que cuando fuera menester, podría vestir la librea del baron y servir de cazador, pues la familia se habia acostumbrado en su antigua propiedad, á ver estas dobles funciones ejercidas por una sola persona.

Antonio reprimió con trabajo su indignacion y se limitó á exponer que con los peligrosos vecinos del dominio, el antiguo guarda, á quien tenian todos los cazadores furtivos y los merodeadores del contorno, ofrecía muchas mas garantías que un extranjero.

Leonor se puso de parte de Antonio, y el baron y su esposa se resignaron en silencio á desistir del proyecto que habian concebido, soportando los dos con fria reserva que continuara en su puesto el anciano campesino.

— Estas son, se decia á sí mismo Antonio, frivolas contrariedades inevitables entre personas de opiniones y costumbres diferentes que viven bajo un mismo techo.

Esto se lo repetía frecuentemente para reanimar su valor, pero esto mismo era una prueba de lo que le costaba resignarse con esta posición. No era solo con Carlos, sino tambien con el guardabosque y el pastor,

con quienes se entendia mejor que con los dueños del castillo, y sentia ahora con orgullo que no participaba de las ideas de los últimos y que era un hijo del pueblo.

Leonor no era tal como él la habia concebido en sus sueños. Siempre habia respetado en ella á la señorita de noble cuna, y considerado la confianza que le manifestaba como una prueba de distincion.

Ahora no le imponia, como sucedia en otro tiempo. Conocia el dibujo de sus mangas de encaje, y descubria sin gran trabajo un pequeño rasgo en su vestido, mucho antes de que la descuidada Leonor se apercibiera de ello.

Habia leído los diferentes libros que habia llevado consigo, y hablando con ella, acabó por saber hasta dónde llegaban sus conocimientos.

Las pretensiones de Leonor al talento, las apreciaba ahora en su justo valor, y se sentia menos dispuesto á reñir con su amigo Fink, que el dia en que este le preguntó si Leonor tenia talento; hoy, haciéndose él mismo reflexivamente esta pregunta, contestaba tranquilo y con sensatez. No habia aprendido tanto como otra jó-

tas, y los geroglíficos que trazaba Babet eran mucho mas seguros. Cuando Leonor habia llevado concienzudamente los libros durante una semana y veia amanecer un hermoso dia en que el sol brillaba con todo su esplendor, no podia menos de marcharse con el guardabosque á cazar por la mañana temprano, ó bien á galopar en su poney mas allá de los límites de la propiedad, olvidando entonces al proveedor que venia del pueblo, á la cocinera y al libro de cuentas.

Quiso estudiar historia y aprender un poco el inglés bajo la direccion de Antonio, al cual agradó esta idea. Pero armaba grande enredo con las fechas y no pudo retener las palabras que era menester que aprendiera de memoria. Para huir de aquellos geroglíficos, se iba corriendo á la cuadra ó á casa del mayordomo, á quien miraba con el mayor interés, durante horas enteras, trabajar en su carpintería y en sus obras maestras de mecánica. Un dia que Antonio buscaba á Leonor para darle leccion de inglés, la encontró en el aposento de Carlos con un cepillo de carpintero en la mano, ocupada en rebajar el asiento trasero de un trineo. Al ver á Antonio le dijo con un tono afectuoso:

— Wohlfart, no os molesteis tanto por mí. Yo no aprenderé nada; siempre he tenido la cabeza algo dura.

La nieve cubria nuevamente la tierra y millares de témpanos cristalizados brillaban en los árboles y en los campos. Carlos estaba ocupado en arreglar dos trineos, uno viejo con dos asientos y otro enteramente nuevo, en el cual Leonor queria correr por encima del hielo. Carlos le habia construido solo y Leonor le habia ayudado á pintarlo al óleo.

En la audiencia de la mañana, Antonio dijo á la baronesa que un negocio con la policia le obligaba á trasladarse á Tarow.

(Se continuará.)



Copa regalada para premio por el emperador á la sociedad del Yacht-Club de Francia

ven á quien él conocia, ni sus sentimientos eran tan delicados y tan puros; tal como era en sí, tenia un buen natural, sentia vivamente y tenia un entendimiento claro y franco. Siempre la habia juzgado del mismo modo; pero en su veneracion por ella su imaginacion se la habia pintado durante mucho tiempo como una silfide vaporosa. Ahora que la veia cada dia con el sencillo traje de mañana, entregada á las ocupaciones ordinarias de la vida, empezaba á sentir todo el encanto de su belleza.

No obstante, algunas veces estaba descontento de ella. Desde los primeros dias le habia preguntado con mucho afán, qué haria para ser de alguna utilidad en la casa. Antonio le contestó que la vigilancia de los negocios domésticos y la cuenta del gasto diario era una ocupacion muy útil. Le preparó un libro de apuntes, y como no tenia la habitud necesaria para servirse del rayado, él tuvo el placer de enseñarla.

Se entregó con extraordinario celo á esta ocupacion enteramente nueva para ella, y corria mas de diez veces al dia á la cocina al lado de Babet para tomar apuntes. Las cuentas de Leonor no siempre eran exac-

mayor parte son buenos buques de muchas toneladas.

A fin de dar una idea de la importancia de este género de sport en Inglaterra y en América, basta recordar la excursion emprendida el año último al través del Atlántico por tres yachts americanos, que en trece dias efectuaron el trayecto de Nueva York á la isla de Wight.

Los aficionados ingleses consagran sumas considerables á la adquisicion de sus yachts, que regularmente adornan con gran lujo, y á cuyo bordo emprenden largos viajes.

Una imponente escuadra se ormara reuniendo los buques que llevan la bandera del *Royal Thames Club*, de Londres. El Yacht-Club francés trata de adelantar igualmente. Las primeras carreras de la sociedad tuvieron efecto en Dieppe el 20 de agosto último, y en esta misma página reproducimos la copa regalada como premio al vencedor, por S. M. el emperador, que figura á la cabeza de los augustos personajes que se han dignado patrocinar esta útil institucion, á la que deseamos rápidos y grandes progresos.

P. P.